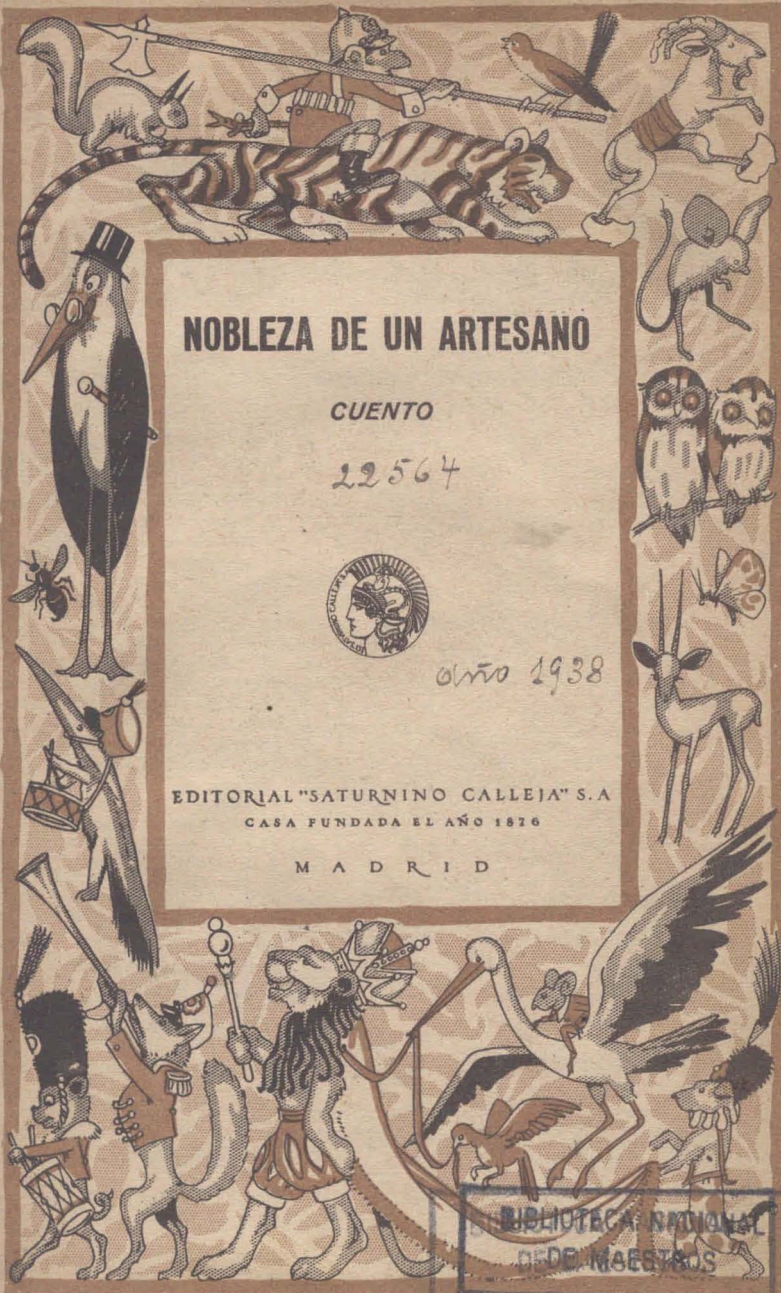


NOBLEZA DE UN ARTESANO





NOBLEZA DE UN ARTESANO

CUENTO

22564



olvido 1938

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BIBLIOTECA ILUSTRADA

TOMO XIX

TOMOS QUE COMPONEN ESTA BIBLIOTECA

1. Empresas descabelladas.
2. Las tres plumas.
3. Los mellizos de D.^a Coneja.
4. En preparación *nuevo título*.
5. La cabrita de oro.
6. El cantarito de lágrimas.
7. El viejo hechicero.
8. Dios en todas partes.
9. La gallina y el pollito.
10. La comadre Muerte.
11. El flautista valiente.
12. La joven y hermosa novia.
13. María Pez y María Oro.
14. El caballo artificial.
15. Aventuras de un náufrago.
16. En preparación *nuevo título*.
17. Los tres enanos de distintos colores.
18. Pulgarcito quiere crecer.
19. Nobleza de un artesano.
20. En preparación *nuevo título*.
21. Aventuras de Lentejilla.
22. El foco eléctrico.
23. Bertoldo, Bertoldino y Casaseno.
24. El encanto de los niños.
25. El buen Fridolín y el pícaro Thierry.
26. El cestillo de flores.
27. Rosa de Tanemburgo.
28. Genoveva de Brabante.
29. Carlomagno.
30. Fernando.



PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAISES
PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO PRIMERO

Al comenzar el mes de mayo de 1580 el respetable cuerpo de toneleros de la libre ciudad de Nuremberg celebraba, según su antigua costumbre, la fiesta anual de su institución. Poco tiempo antes de esta solemnidad uno de los toneleros más renombrados, que ejercía el cargo de presidente del gremio, había dejado de existir y se ocupaban en elegirle un sucesor. Todos los votos se unieron en favor del maestro Martín.

El maestro Martín no cedía a ningún otro en todo lo concerniente a su profesión.

Sabía fabricar a maravilla toneles tan





sólidos como elegantes, y entendía mejor que nadie el organizar una cueva según las mejores reglas. Su reputación bien conocida engrosaba cada día su rica clientela; y gracias a la buena suerte que había favorecido todas sus empresas, consiguió reunir una fortuna bastante considerable para un hombre de su clase.

Quando la elección del maestro Martín fué conocida y proclamada, el consejero Paumgartner, que presidía la asamblea, se levantó y dijo:

—Habéis tenido razón, mis queridos amigos, en escoger al maestro Martín para que sea el jefe de nuestro gremio, pues esta dignidad no podía ser confiada a un hombre más capaz de ejercerla. El maestro Martín goza de general estimación, y todos aquellos que le conocen rinden testimonio a su habilidad. A pesar de su riqueza, ha conservado las costumbres y el gusto del trabajo. Su conducta es digna de elogio. Saludemos, pues, a nuestro querido maestro, y felicitémosle por la elección unánime que honra y recompensa en su persona toda una vida de probidad y trabajo.

Acabado este discurso, Paumgartner se levantó para dar algunos pasos hacia el nuevo presidente con los brazos extendidos





como para recibir y estrechar al maestro Martín. Pero éste se levantó por pura cortesía y, muy embarazado por su corpulencia, se contentó con hacer al consejero una reverencia asaz poco ceremoniosa, y se volvió a dejar caer en su sillón, sin parecer cuidarse mucho de los abrazos fraternales de Paumgartner.

—¡Ah! Qué es esto, maestro Martín —exclamó el consejero—, ¿estaríais acaso poco satisfecho de haber sido elegido por nuestro presidente.

El tonelero, echando hacia atrás la cabeza y dándose con ambas manos acompasados golpecitos sobre su grueso vientre, pareció recogerse en medio del silencio general del auditorio; luego, tomando la palabra:

—¡Oh! mi digno señor —dijo a Paumgartner—, ¿cómo podría no estar satisfecho de la justicia que se me hace? ¿Cuál es el hombre tan enemigo de sí mismo que desdeñe el premio legítimo de las penalidades que se ha impuesto? ¿Cuál ha sido, mis queridos compañeros —prosiguió, volviéndose a la asamblea— el motivo que os ha inspirado la idea de escogermes? ¿Será preciso para justificar el honor de vuestra elección saber con perfección todos los detalles de nuestro oficio? Yo me lisonjeo de





haber hecho mis pruebas construyendo sin ayuda del fuego mi tonel, una obra maestra que todos vosotros conocéis. ¿Será menester para complaceros de aquí en adelante reunir bienes y escudos? Venid a mi casa, quiero abriros mis cofres y mis armarios y saciar vuestras miradas de sacos de oro y vajilla de plata. Si para halagar vuestra vanidad el nuevo electo debe atraerse el humilde respeto de los pobres y la consideración de los grandes señores, preguntad a lo más distinguido de vuestra buena ciudad de Nuremberg, preguntad al noble Obispo de Bamberg qué opinión les merece el maestro Martín. No temo, a Dios gracias, ni la comparación ni la crítica.

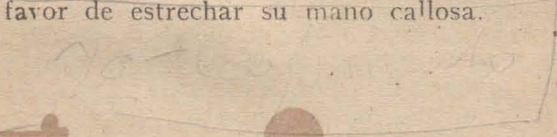
Después de todo esto, el maestro Martín, satisfecho del discurso que acababa de improvisar, se recostó en su sillón, girando en torno suyo miradas que reclamaban un aplauso; luego, habiendo permanecido mudo el auditorio, salvo algún acceso de tos que significaba bien claramente el descontento de alguno de sus compañeros, añadió unas cuantas palabras para atraerse la voluntad de los que su orgullo acababa de herir.

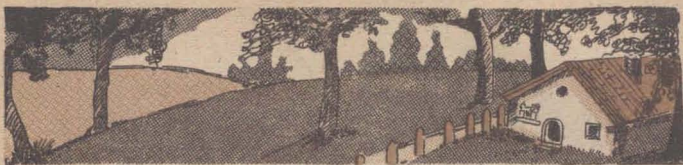
—Recibid—les dijo—mi gratitud más sincera por una elección que os honra; pues vosotros comprendéis que la dignidad de presidente del gremio debía recompensar



como justo título al hombre que ha realizado con tanto brillo la respetable corporación de toneleros. Ya sabéis que llenaré con celo los deberes del cargo. Cada uno de vosotros encontrará sin cesar a mi lado consejos y asistencia. Defenderé como míos los privilegios de todos; y para sellar el pacto de abnegación que debe unirnos, os convido a un banquete de amistad que tendrá lugar el domingo. Destapando alegremente unos cuantos frascos del viejo vino de Johannisberg, convendremos en las medidas que hayan de tomarse de común acuerdo y en interés general.

Esta graciosa improvisación produjo un efecto maravilloso. Todos los semblantes resplandecieron; todas las voces entonaron delirantes aclamaciones; se levantaba hasta las nubes la capacidad, el mérito y la liberalidad del maestro Martín. Cada uno llegó a su vez a abrazar al nuevo presidente, que se dejaba hacer sin gran oposición y que se dignó también conceder a algunos el favor de estrechar su mano callosa.





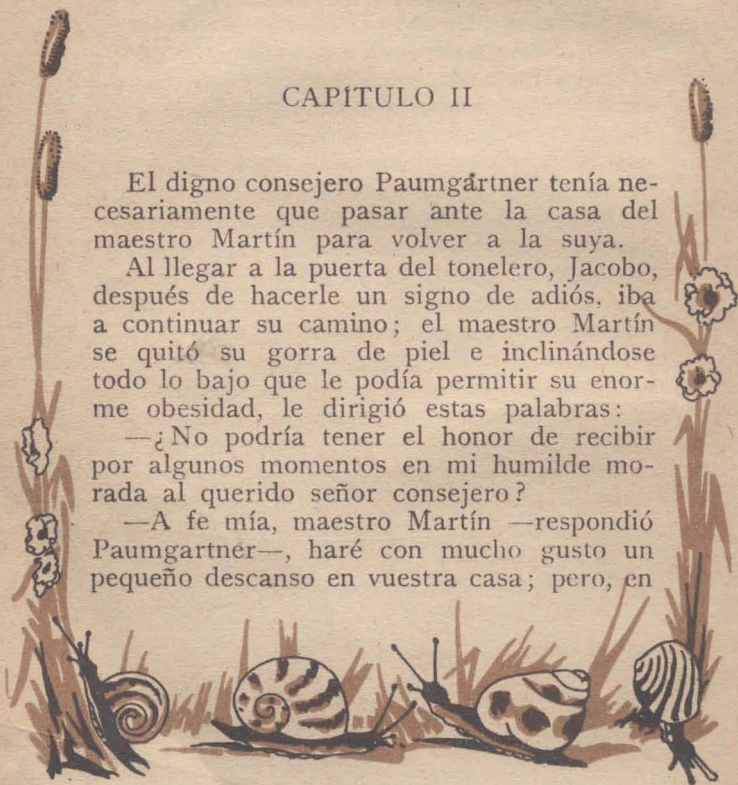
CAPÍTULO II

El digno consejero Paumgärtner tenía necesariamente que pasar ante la casa del maestro Martín para volver a la suya.

Al llegar a la puerta del tonelero, Jacobo, después de hacerle un signo de adiós, iba a continuar su camino; el maestro Martín se quitó su gorra de piel e inclinándose todo lo bajo que le podía permitir su enorme obesidad, le dirigió estas palabras:

—¿No podría tener el honor de recibir por algunos momentos en mi humilde morada al querido señor consejero?

—A fe mía, maestro Martín —respondió Paumgartner—, haré con mucho gusto un pequeño descanso en vuestra casa; pero, en





verdad, sois muy modesto hablando de lo que os pertenece; todos sabemos que vuestra *humilde* morada está guarnecida de muebles y objetos de valor, cuya rareza y elegancia dan envidia a los más ricos burgueses de Nuremberg; y apuesto a que más de un gran señor se consideraría muy feliz en poseer tal joya.

No había exageración alguna en las alabanzas que el consejero daba a la habitación del maestro; desde que se abría la puerta ofrecía el peristilo el gracioso aspecto de un saloncito fantástico. El pavimento figuraba un mosaico de madera artísticamente combinado; la techumbre ostentaba pinturas que no carecían de mérito, y a lo largo de las paredes se veían grandes cofres esculpidos por los mejores obreros de la época.

Hacía un calor sofocante; un aire tibio y pesado oprimía el pecho. El maestro Martín condujo a su huésped a una piececita de tal suerte, que una corriente de aire fresco circulaba sin cesar; esta pieza parecía servir de comedor; estaba guarnecida de los muebles y vajilla necesarios a los más espléndidos festines. Al entrar, la voz sonora del maestro Martín llamó a Rosa, su única hija. La señorita Rosa apareció inmediatamente.



Cuentos de Calleja

Las más bellas creaciones de Alberto Durero no sabrían darnos idea de semejante conjunto de perfecciones y gracias femeniles. Figuraos un cuerpo esbelto y flexible como el tallo de un lirio, mejillas donde las rosas se mezclaban a la blancura del alabastro; boca seductora; mirada impregnada de una melancolía misteriosa, y que guarnecida bajo anchos párpados coronados por cejas de ébano, caía como un dulce reflejo de la luna de mayo; cabellera rizada y sedosa, flotante sobre unos hombros de virgen; figuraos todo esto, repito, y sólo tendréis una idea muy débil de todos los atractivos de aquella niña, que más parecía ángel que mujer. Se hubiera creído ver a la bella Margarita del *Fausto*, cuya figura ideal ha comprendido tan bien el pintor Cornelius.

La encantadora Rosa hizo a su padre una reverencia infantil, tomándole las manos y besándolas con un respeto lleno de ternura. Al ver a aquella suave criatura, el rostro del viejo Jacobo se animó por un instante:

—Ciertamente, maestro Martín —exclamó— tenéis aquí un tesoro que vale él solo todo lo que encierra vuestra casa, y si nuestro viejo corazón se conmueve de placer al contemplar tan dulces atractivos, ¡qué





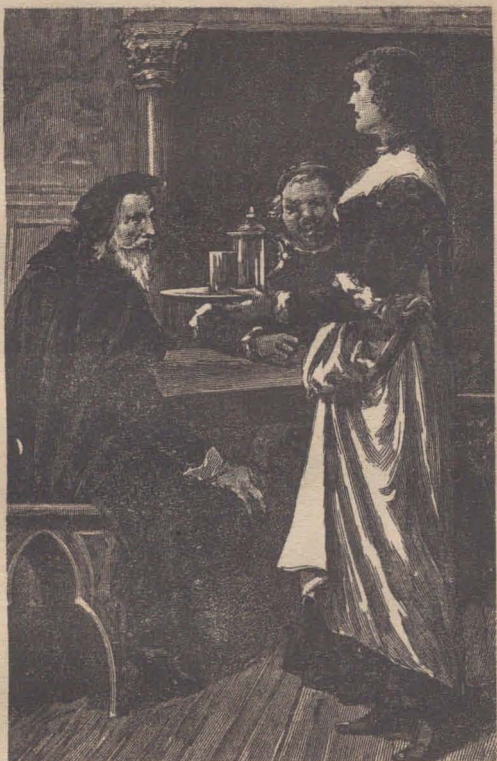
*El maestro Martín se quitó la gorra de piel, e
inclinándose todo lo bajo...*

efecto no producirá sobre la juventud! Estoy seguro de que vuestra Rosa causará muchas distracciones en la iglesia a los jovenzuelos de la vecindad, y que en las reuniones donde juegan las muchachas las galanterías y los obsequios serán para ella sola... Vos no tendréis, querido amigo Martín, más que el cuidado de la elección entre lo mejor de Nuremberg el día que tratéis de casarla.

En lugar de escuchar con placer las alabanzas del consejero, el maestro Martín frunció las cejas con aire descontento; ordenó a su hija trajese una botella de su mejor vino del Rin, y mientras Rosa se retiraba encendida como una cereza y con los ojos púdicamente bajos, dijo a Jacobo:

—Tenéis razón, señor consejero; mi hija está dotada de una belleza notable, y además posee preciosas cualidades. Pero no conviene hablar de estas cosas ante una muchacha; en cuanto a lo que haya de mejor en Nuremberg, no he pensado aún en escogerme un yerno.

Rosa volvió a entrar y colocó sobre la mesa una botella con dos vasos de cristal soberbiamente tallados. Los dos viejos se sentaron uno enfrente de otro; el maestro Martín echaba en los vasos su licor predilecto, cuando se dejó oír el paso de un



Las más bellas creaciones de Alberto Dürero...

Cuentos de Calleja



caballo que se detuvo a la puerta. Rosa acudió y volvió a anunciar a su padre que un anciano gentilhomme, llamado Spangenberg, deseaba hablarle.

—¡Bendito sea este día! —exclamó el tonelero—, puesto que me trae lo más noble y liberal de mis parroquianos. Se trata, sin duda, de algún pedido importante. ¡El señor de Spangenberg es un hombre digno de ser bien recibido!

Diciendo esto, el maestro Martín salió al encuentro del recién llegado con toda la ligereza que le permitían sus viejas piernas.





CAPÍTULO III

El vino del Rin chispeaba en el cristal de Bohemia, y los tres personajes sentían circular por ellos una vida nueva; más de una historia fue por ellos saboreada alegremente; el busto del maestro Martín se movía de aquí para allá sobre su enorme vientre, dejando escapar grandes carcajadas.

El mismo consejero sentía desarrugarse su frente de pergamino. Rosa no tardó mucho en reaparecer en la cámara con una cesta de mimbrés, limpia y elegante, de donde sacó un mantel blanco como la nieve; la mesa estuvo puesta en un abrir y cerrar de ojos y el almuerzo servido. Paumgartner



Cuentos de Calleja



y Spangenberg no podían apartar los ojos de aquella admirable joven, que les invitaba con su voz más dulce a participar de la comida de su padre, preparada por ella misma; el maestro Martín, hundido en su sillón con las manos juntas, la contemplaba con el orgullo de un padre idólatra. Cuando iba a retirarse discretamente, el viejo Spangenberg se levantó de su asiento con la vivacidad de un joven, y tomando a la muchacha por el talle, exclamó con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Oh, querido ángel, niña celestial!

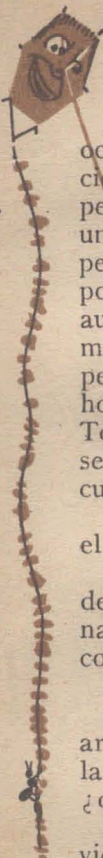
Luego besó dos o tres veces la frente de la hermosa niña, y volvió a sentarse, presa de una triste preocupación.

El consejero Jacobo propuso vaciar un vaso lleno en honor de Rosa.

—Os digo, maestro Martín —exclamó—, y seguramente que el digno señor Spangenberg es de mi opinión, ¡os digo que el cielo os ha hecho un presente inapreciable concediéndooos tan linda hija; yo la veo ya, en un porvenir próximo, esposa de un alto personaje, con una diadema de perlas sobre la frente, y en una carroza de las más ricas, cargada de ilustres blasones!

—En verdad, señores —repuso el maestro Martín—, no comprendo el empeño que tenéis en hablar de una cosa que no me pre-





ocupa a mí mismo. Rosa cuenta apenas dieciocho años, y a esta edad una hija no debe pensar aún en abandonar a su padre por un esposo. Sólo Dios sabe lo que la espera más tarde; pero lo que yo puedo responderos es que ningún noble ni burgués, aunque tenga montes de oro, conseguirá la mano de mi hija si antes no prueba su competencia en los trabajos de la profesión que honro y cultivo desde hace medio siglo. Todo lo que yo exigiré después de esto será que obtenga el amor de mi hija, a la cual no violentaré jamás la inclinación.

Spangenberg y el consejero fijaron sobre el maestro Martín una mirada de asombro.

—Así, pues —dijo uno de ellos, después de una pausa—, ¿vuestra hija está condenada a no casarse más que con un artesano, con un obrero tonelero?

—¡Dios lo quiere! —contestó el maestro.

—Pero —prosiguió Spangenberg— si un artista ya célebre por sus obras os pidiese la mano de vuestra hija y ella le amase, ¿qué decidiríais?

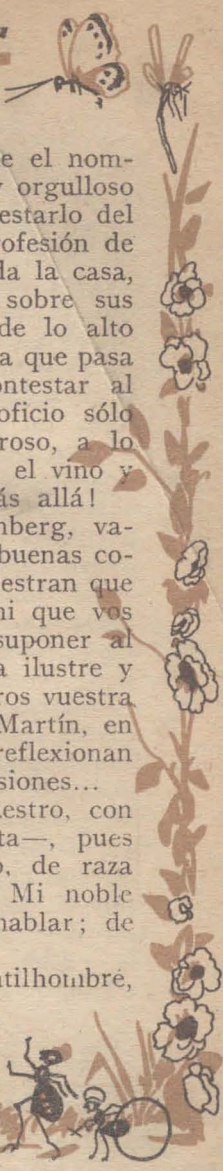
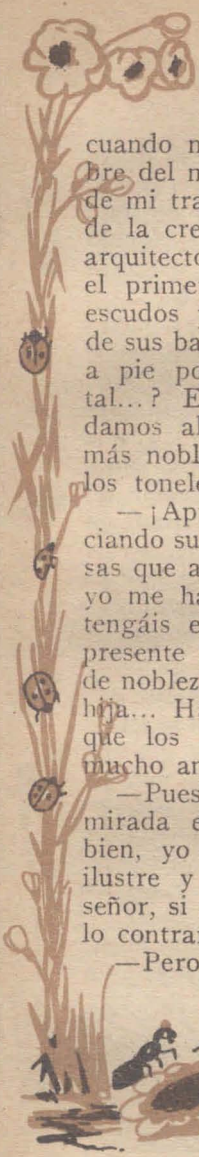
—Yo —replicó el maestro Martín, revolviéndose en el fondo de su sillón— le diría al tal mocito: Mi joven amigo, mostradme como obra maestra un hermoso tonel parecido al que yo he fabricado en mi juventud. Y si él no podía satisfacer un deseo tan le-

gitimo, yo no le echaría, seguramente, de mi casa, pero le suplicaría con toda suerte de miramientos que no volviese a poner en ella los pies.

—Sin embargo —añadió Spangenberg—, si el enamorado joven os contestara humildemente que no podía ofreceros un trabajo semejante, pero que bajo su dirección y por sus planos se había levantado un mercado magnífico, yo creo que un trabajo de este género bien valdría la obra maestra de cualquiera otra profesión.

—¡Por Dios! mi digno huésped —exclamó de nuevo el tonelero—, no os toméis la pena de evocar ideas que no son útiles en este momento, y a las cuales yo concedería en todo caso poco crédito. Quiero que el esposo de mi hija ejerza mi profesión y la honre como yo, que no creo haya otra mejor. No basta saber circular un tonel; el espíritu del oficio consiste en gobernar y bonificar los vinos generosos. Para hacer un tonel regular se debe saber calcular y medir; luego es preciso una mano muy hábil para ensamblar las duelas y unir las sólidamente. Soy el hombre más dichoso del mundo cuando oigo de la mañana a la noche el klipp, klapp, klipp, klapp, del martillo de mis alegres compañeros; y cuando la obra ya terminada se pule y completa;





cuando no hay más que aplicarle el nombre del maestro, en verdad, estoy orgulloso de mi trabajo, como Dios debió estarlo del de la creación. Habláis de la profesión de arquitecto; mas una vez concluida la casa, el primer palurdo que duerme sobre sus escudos puede adquirirla, y desde lo alto de sus balcones mofarse del artista que pasa a pie por la calle. ¿Y qué contestar al tal...? En cambio, en nuestro oficio sólo damos albergue a lo más generoso, a lo más noble de la creación. ¡Viva el vino y los toneles; yo no veo nada más allá!

—¡Aprobado! —dijo Spangenberg, vaciando su vaso—; pero todas las buenas cosas que acabáis de decir no demuestran que yo me haya equivocado mucho ni que vos tengáis en todo razón. Quiero suponer al presente que un hombre, de raza ilustre y de nobleza principal, viene a pedirnos vuestra hija... Hay momentos, maestro Martín, en que los espíritus más enteros reflexionan mucho antes de dejar ciertas ocasiones...

—Pues bien —contestó el maestro, con mirada encendida y voz resuelta—, pues bien, yo diría a ese enamorado, de raza ilustre y de nobleza principal: Mi noble señor, si sois tonelero, podemos hablar; de lo contrario...

—Pero —interrumpió el gentilhombre,



Cuentos de Calleja

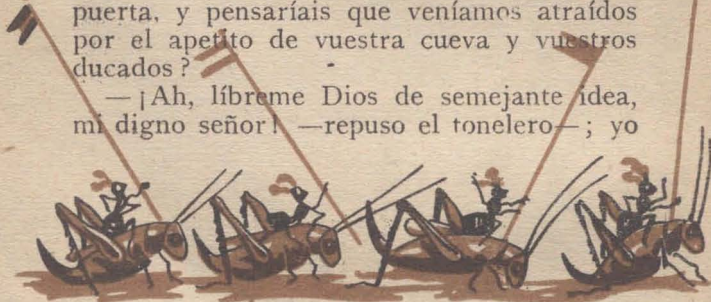
que se obstinaba en no perder el hilo de su idea—, ¿pero si algún día un joven y brillante señor viniese a vos rodeado de todo el boato que podrían prestarle su riqueza y su rango, y os suplicase con insistencia que le dierais vuestra pequeña Rosa?

—Yo cerraría en sus narices las puertas y ventanas, triplicaría los cerrojos y le diría por el ojo de la cerradura: Id más lejos, mi bello señor; las rosas de mi jardín no florecen para vos. Mi cueva y mis ducados son muy de vuestro gusto, estoy seguro, ¿y hacéis a mi hijita el honor de aceptarla por eso? ¡Marchad, marchad, mi gentil caballero!...

El viejo gentilhomme se apoyó sobre la mesa, pareció meditar algunos instantes; luego, con los ojos bajos y la voz grave, pero conmovida, dijo:

—Maestro Martín, sois duro en estos negocios, pero sepamos vuestra última palabra. Supongamos que el joven señor de que acabo de hablaros fuese mi hijo, y que yo le acompañase cerca de vos para apoyar su demanda; ¿nos cerraríais en la cara la puerta, y pensaríais que veníamos atraídos por el apetito de vuestra cueva y vuestros ducados?

—¡Ah, líbrame Dios de semejante idea, mi digno señor! —repuso el tonelero—; yo



os acogería como merecéis, y me pondría a las órdenes de tan respetables visitantes. En cuanto a mi hija, os lo repito... pero, la verdad, ¿a qué fin matar el tiempo en resolver tan singulares cuestiones? Olvidamos nuestros vasos llenos, discutiendo asuntos que no son ni del momento ni de nuestra edad. Dejemos, os lo suplico, los yernos imaginarios y el matrimonio futuro de Rosa, y bebamos a la salud de vuestro hijo, el joven más gallardo de Nuremberg.

Los dos interlocutores brindaron con el consejero Paumgartner, que hacía largo rato escuchaba su conversación sin mezclarse en ella.

Spangenberg añadió con aire contrariado:

—No creáis, maestro Martín, que haya nada serio en todo lo que acabamos de decir; por mi parte sólo ha sido un pasatiempo; ya comprenderéis que mi hijo, a menos que se volviera loco por una muchacha, no puede ni debe escoger esposa sino en el seno de las más nobles familias. No había, pues, necesidad de probar con tanto calor que vuestra Rosa no podría convenirle, y hubierais podido, se me figura, mostrarnos menos áspero en vuestras contestaciones...

—Me apuro a decir otro tanto —re-





plicó vivamente el tonelero—; y lo siento como vos. En cuanto a la aspereza que me reprocháis, no existe de ningún modo; y si he demostrado algún orgullo, atribuidlo, os lo ruego, a mi profesión. Es el orgullo del oficio. No encontraréis en toda la comarca un tonelero de mi fuerza; ejerzo mi profesión sin charlatanismo y sin temor a la crítica; esa botella que acabamos de beber y que estoy dispuesto a hacer reemplazar es la mejor garantía de mis conocimientos.

Spangenberg no respondió nada; parecía mortificado. El docto consejero trató de llevar la conversación a otro terreno. Pero, como sucede después de una discusión acalorada, los espíritus, en demasiada tensión, se habían calmado de repente; algo febril corría a su pesar por las venas de aquellos tres hombres. De pronto, el viejo Spangenberg abandonó la mesa, llamó a sus criados, y salió de la casa del maestro Martín sin despedirse y sin hablar de volver.



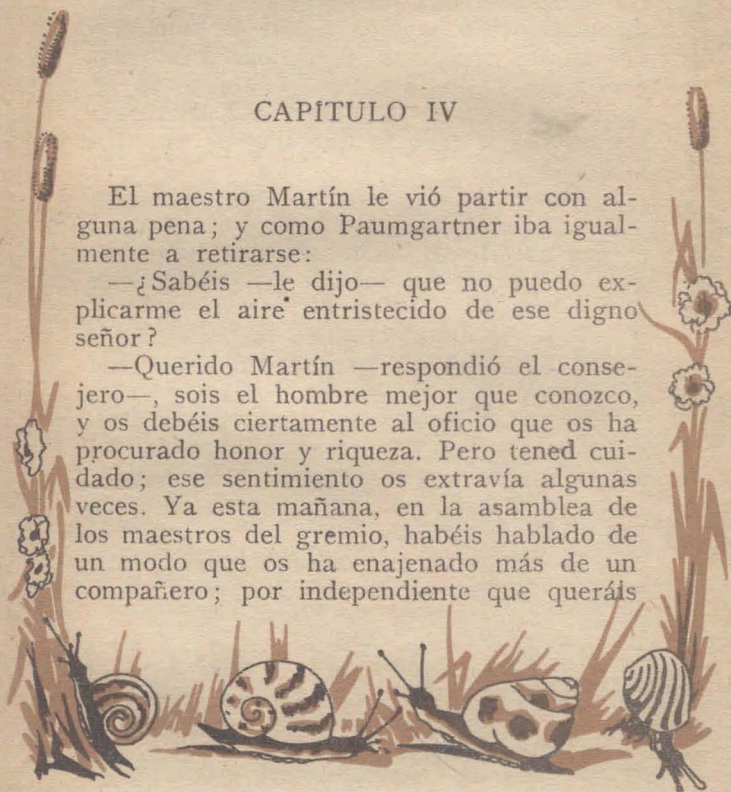


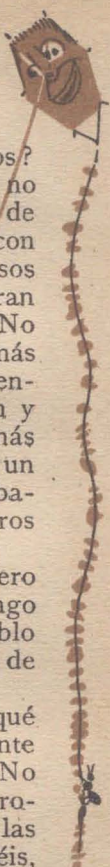
CAPÍTULO IV

El maestro Martín le vió partir con alguna pena; y como Paumgartner iba igualmente a retirarse:

—¿Sabéis —le dijo— que no puedo explicarme el aire entristecido de ese digno señor?

—Querido Martín —respondió el consejero—, sois el hombre mejor que conozco, y os debéis ciertamente al oficio que os ha procurado honor y riqueza. Pero tened cuidado; ese sentimiento os extravía algunas veces. Ya esta mañana, en la asamblea de los maestros del gremio, habéis hablado de un modo que os ha enajenado más de un compañero; por independiente que queráis





ser, ¿debéis por eso humillar a los otros? Ved lo que acaba de sucederos. Vos no pensáis en dar importancia a las palabras de Spangenberg; y sin embargo, acordaos con qué acritud habéis casi tratado de codiciosos y petardistas a los nobles que pudieran pensar en la mano de vuestra hija. ¿No podíais haber contestado de un modo más conveniente a una proposición que partiendo de él debió haceros mudar de opinión y desvanecer vuestras preocupaciones más arraigadas? Os habríais separado de un modo mucho más agradable, y nada turbaría un día u otro lo que llamáis vuestros principios.

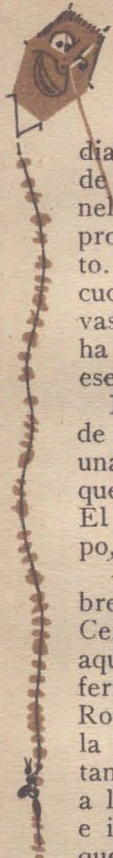


—Como queráis, mi querido consejero —respondió el maestro Martín—; convengo en que he faltado; mas ¿por qué ese diablo de hombre me ha sacado las palabras de la garganta?

—Pero decidme —replicó Jacobo—, ¿qué mosca os ha picado para dar forzosamente a vuestra hija un esposo tonelero? ¿No es atacar las leyes más santas de la Providencia querer limitar el círculo de las afecciones de una muchacha? ¿No teméis, tanto para vos como para vuestra hija, un resultado deplorable?

—Sí—murmuró el tonelero bajando la cabeza—; he debido deciros la verdad inme-





diatamente. ¿Vos creéis que mi resolución de no aceptar por yerno más que a un tonelero viene de un amor exagerado por mi profesión? No es eso; hay un motivo oculto. Sentaos ahí, mi querido Jacobo, y escuchadme bebiendo a pequeños tragos ese vaso que Spangenberg, en su mal humor, ha dejado lleno. Chocad, os lo ruego, dadme ese placer.

El consejero no comprendía los agasajos de que le colmaba el maestro Martín; era una cosa tan contraria a sus costumbres, que en verdad había motivo para admirarse. El tonelero no le dejó pensar mucho tiempo, y comenzó el siguiente relato:

—Ya he contado varias veces que mi pobre mujer murió a poco de nacer mi Rosa. Cerca de ella vivía todavía, si vivir era aquello, una vieja abuela cubierta de enfermedades y parálitica además. Un día Rosa dormía, mecida por su nodriza, en la habitación de la abuela; yo contemplaba tan pronto a la querida niña, tan pronto a la pobre enferma; al ver a ésta calmada e inmóvil me puse a pensar que ya no se quejaría mucho tiempo. De repente vi su rostro pálido y rígido colorarse de un tinte ligeramente purpurino. Se levantó, extendió los brazos con tanta facilidad como si un milagro la hubiese curado; luego articu-





ló estas palabras. ¡Rosa, mi buena Rosa! La nodriza la presentó la niña, y figuraos lo que debí experimentar de sorpresa mezclada de espanto cuando la vieja entonó con voz clara y vibrante un *lied* a la manera de Hans Berchler, el posadero del *Espíritu* en Strasburgo:

«Tierna niña, la de mejillas tan encarnadas, Rosa, escucha mi consejo. ¿Quieres preservarte de sufrimientos y enojos? No tengas orgullo, no critiques a nadie y guárdate de los vanos deseos. ¡Presta oído a mis palabras si quieres que la flor de la dicha se abra para ti, y que Dios te conceda su bendición!»

Después de haber cantado muchas cosas del mismo género, la abuela depositó la niña sobre el cobertor, y pasando sobre su cabecita de ángel la mano huesosa y rígida, pronunció algunas palabras que no comprendí, pero su actitud hacía suponer que rezaba. Después volvió a caer en su entorpecimiento, y en el momento en que la nodriza salía con la niña de la habitación, dió el último suspiro sin agonía.

—Es una historia extraña —dijo Jacobo después de haber escuchado la anécdota del maestro Martín—. Pero os ruego me expliquéis qué relación puede haber entre la canción de vuestra abuela y el porvenir de





La abuela depositó la niña sobre el cobertor.

Rosa, de la cual queréis hacer exclusivamente la mujer de un tonelero.

—¿Cómo, no comprendéis —exclamó el maestro Martín— que las virtudes modestas recomendadas a Rosa no pueden encontrarse seguramente más que en un hogar de buenos y honrados trabajadores? La vieja hablaba también de obra primorosa, ondas perfumadas y pequeños ángeles con alas de fuego; la obra primorosa no podía ser otra que la notable de un compañero tonelero ascendido a maestro; las ondas perfumadas son los vinos generosos de que se llena el tonel; y cuando bullen y fermentan las burbujas que suben desde el fondo a la superficie, ¿no os parecen también pequeños ángeles de alas bermejas? Este es, os lo aseguro, el sentido de las palabras misteriosas que murmuraba la abuela; y como esta explicación me conviene, he decidido que Rosa se case con un tonelero.

—Pero —replicó el consejero— ¿creéis que es suficiente interpretar así tan vanas palabras; en vez de dejarnos guiar por las inspiraciones de la Providencia? Ella sabe siempre mucho mejor que nosotros lo que conviene a nuestro bien; y añadiré que me parecía más justo y prudente dejar al



corazón de vuestra hija el cuidado de buscar un esposo digno de ella...

—¡Esas son tonterías! —exclamó el maestro Martín, golpeando la mesa con el puño—. Os repito que Rosa será la mujer del mejor tonelero que yo pueda encontrar.

El consejero se hubiera dejado llevar voluntariamente contra la obstinación del maestro Martín, pero se contuvo, y levantándose para marcharse:

—Las horas vuelan —dijo a su huésped—; dejemos, pues, nuestros vasos vacíos, y nuestros discursos que no lo están menos.

Cuando salían, el uno para retirarse y el otro para conducirlo, percibieron una mujer joven, acompañada de cinco niños.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Rosa—. ¡Valentín ha muerto, he aquí su mujer y sus hijos!

—¡Qué oigo! dijo el maestro—; ¿ha muerto Valentín?

—¡Ah, qué desgracia tan horrible; era el más hábil de mis compañeros y el más probo de todos los que he conocido! Se hirió con su doladera hace algunos días. La gangrena se ha presentado en la llaga, y el pobre mozo ha muerto en la flor de su vida.

La joven madre, toda desolada, se lamentaba de ver a sus hijos sumidos en la miseria.

—¿Cómo —exclamó de nuevo el maestro



Cuentos de Calleja

Martín— podéis pensar en que he de abandonaros, cuando vuestro marido ha muerto a mi servicio? No, buena mujer; eso no será en tanto que viva el maestro Martín, y quiera Dios conservarle largo tiempo su fortuna. A partir de hoy, pertenecéis a mi familia. Mañana iréis a estableceros con estos niños a una alquería en las afueras de Frauenher, y yo iré a veros todos los días. Vos tomaréis el gobierno de la casa, yo educaré a vuestros hijos, que bien pronto se convertirán en bravos y fuertes obreros. Tenéis todavía un padre anciano que trabajaba muy bien en su tiempo; si sus fuerzas no le permiten ya una labor demasiado ruda, yo podré siempre utilizarlo de algún modo. Traedle también y seréis todos bien venidos.

La pobre viuda parecía que iba a desmayarse de alegría. El tonelero la estrechó las manos afectuosamente, mientras los niños, que Rosa colmaba de caricias, se colgaban por todas partes a sus vestidos. El consejero Paumgartner no pudo retener una lágrima.

—Maestro Martín —exclamó—, sois un hombre único; y de cualquier humor que se os encuentre, no hay medio de enfadarse con vos.

Y los dos se separaron.



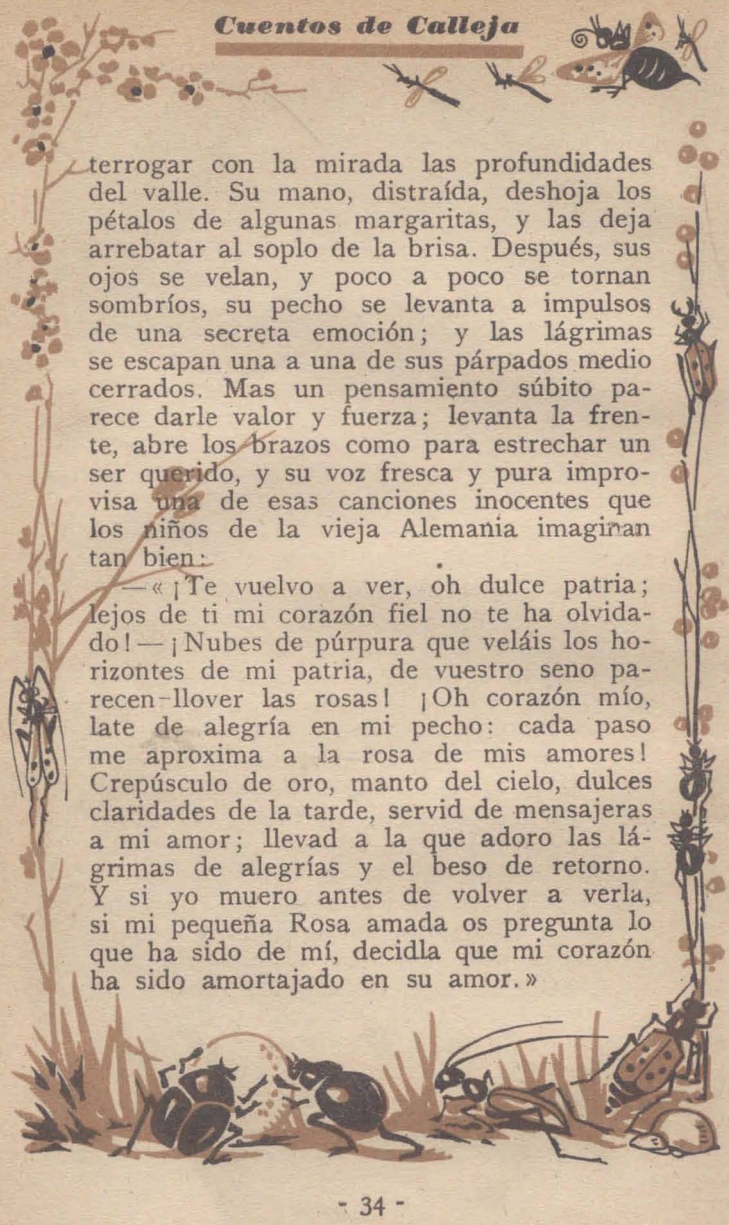


CAPÍTULO V

Sobre una verde llanura, donde la mirada se pierde a lo lejos, en medio de horizontes floridos, ¿veis aquel hermoso joven sentado, vestido con un sencillo traje de obrero que no quita nada a su buen aspecto? Se llama Federico.

El sol está medio hundido en la púrpura de la tarde; y sus últimos rayos jaspados de llamas rojizas el fondo del cielo. A lo lejos se destacan en los aires las flechas dentelladas de la real ciudad de Nuremberg; el silencio reina en el campo desierto; la sombra se agranda y avanza progresivamente. El joven obrero está apoyado sobre su saco de viaje, y parece in-





terrogar con la mirada las profundidades del valle. Su mano, distraída, deshoja los pétalos de algunas margaritas, y las deja arrebatarse al soplo de la brisa. Después, sus ojos se velan, y poco a poco se tornan sombríos, su pecho se levanta a impulsos de una secreta emoción; y las lágrimas se escapan una a una de sus párpados medio cerrados. Mas un pensamiento súbito parece darle valor y fuerza; levanta la frente, abre los brazos como para estrechar un ser querido, y su voz fresca y pura improvisa una de esas canciones inocentes que los niños de la vieja Alemania imaginan tan bien:

—« ¡Te vuelvo a ver, oh dulce patria; lejos de ti mi corazón fiel no te ha olvidado! — ¡Nubes de púrpura que veláis los horizontes de mi patria, de vuestro seno parecen llover las rosas! ¡Oh corazón mío, late de alegría en mi pecho: cada paso me aproxima a la rosa de mis amores! Crepúsculo de oro, manto del cielo, dulces claridades de la tarde, servid de mensajeras a mi amor; llevad a la que adoro las lágrimas de alegrías y el beso de retorno. Y si yo muero antes de volver a verla, si mi pequeña Rosa amada os pregunta lo que ha sido de mí, decidla que mi corazón ha sido amortajado en su amor.»

Luego que Federico hubo cantado, sacó de su bolsa un pequeño trozo de cera, la amoldó al calor de su pecho, y modeló bajo sus dedos una linda rosa de cien hojas; entregado a este delicado trabajo, repitió en voz baja las coplas de su cancioncilla. Otro joven, en pie ante él, examinaba atentamente su obra.

—En verdad, amigo mío —dijo el recién llegado—, estáis haciendo ahí una labor encantadora.

Federico, todo sorprendido, levantó los ojos:

—¿Cómo podéis —le dijo—, mi querido señor, encontrar mérito alguno en lo que no es para mí más que una distracción pasajera?

—¡Diablo! —replicó el desconocido—. Si tratáis de distracción la obra que acabáis de hacer, preciso es que seáis algún artista de alto renombre. Estoy doblemente encantado de la casualidad que ha motivado nuestro encuentro; he escuchado con emoción la canción deliciosa que gorjeabais tan bien a la manera de Martín Hascher, y admiro vuestra habilidad como escultor. ¿Dónde pensáis ir esta noche?

—Vuelvo a mi patria y me dirijo a Nuremberg —respondió Federico—. Mas el sol se ha puesto, la noche cae, y voy a buscar



un asilo en el lugar más próximo. Mañana, la aurora me encontrará camino de Nuremberg.

—Acabemos, pues, juntos el viaje —exclamó el desconocido—; partiremos esta noche el mismo lecho, y mañana entraremos en la ciudad.



A estas palabras, Reinaldo (éste era su nombre), se echó sobre la hierba al lado de Federico, y continuando sus preguntas:



—¿No sois —le dijo— un artista fundidor? Yo supongo, después de lo que os he visto modelar, que trabajaréis ordinariamente las materias de oro y plata.



—¡Ah, mi querido señor —respondió Federico sin levantar su mirada, que desde hacía un momento estaba fija en tierra—; yo no soy digno del bello nombre de artista, ni capaz de ejecutar todo lo que vos suponéis; no soy, preciso es decíroslo, más que un pobre obrero tonelero, y voy a Nuremberg con la esperanza de trabajar en casa de un maestro cuya celebridad se ha extendido por toda Alemania. En lugar de vaciar en el molde o cincelar las figuras, hago sencillamente los aros de los toneles!



—¡Eh, pardiez! —exclamó Reinaldo—. ¿Me creéis tan estúpido que desdeñe vuestra profesión? Una confianza bien vale otra; yo también soy tonelero.





En verdad, amigo mío, dijo el recién llegado...



Federico recorrió al personaje de un golpe de vista; el equipaje de Reinaldo no se parecía en nada al de un obrero tonelero. Su traje negro era de fino paño, con vueltas de terciopelo; una ancha y corta daga pendía a su costado, y por gorra llevaba un birrete adornado con una larga pluma caída; se hubiera dicho al verle que era algún rico mercader, y, sin embargo, había en toda su persona un no sé qué de excéntrico y desdeñoso que desmentía semejante suposición.

Reinaldo, comprendiendo la duda de Federico, sacó de su saco de viaje un delantal de tonelero y una doladera:

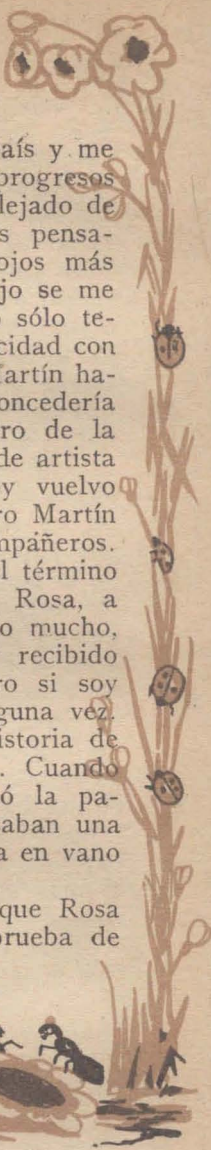
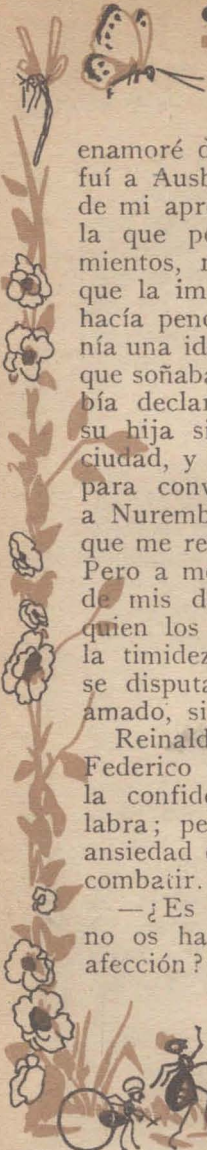
—Ya ves, amigo —le dijo—; ¿piensas todavía que te he mentido y que no soy un simple obrero como tú? Concibo tu sorpresa al verme tan espléndidamente ataviado; pero vengo de Strasburgo, donde los más modestos compañeros van vestidos como príncipes. En otro tiempo quise dejar el oficio para lanzarme en la carrera aventurera de las artes, pero estoy completamente curado de aquella fantasía; hoy no encuentro nada mejor que mi profesión de tonelero, y tengo algunas esperanzas para el porvenir. Pero tú, camarada, ¿en qué piensas? ¡Tu semblante es triste y tu mirada parece temer lo venidero! Hace poco



cantabas con melancolía; y yo creí, bajo el imperio de una extraña fascinación, que tus suaves acentos salían de mi pecho para pasar al tuyo: se diría que tu corazón se abre ante mí como un libro. Dame tu confianza entera, y puesto que vamos los dos a fijarnos en Nuremberg, establezcamos entre nosotros, desde este momento, un lazo de sólida amistad.

Federico echó los brazos al cuello de su nuevo amigo.

—Sí —repuso—; cuanto más te miro, más siento acrecentar mis simpatías. En el fondo de mi corazón vibra una voz secreta que parece responder al dulce llamamiento de la amistad. Quiero que mi alma se mezcle a la tuya, pues hay en la vida cosas que el corazón sólo sabe comprender, dolores a los cuales él solo posee el secreto de endulzar; escucha, pues, la historia de mi existencia. Desde la infancia soñaba para mí la gloria del artista. Aspiraba a la dicha de igualar en el arte de fundir y cincelar el metal al maestro Peter Fischer o a Benvenuto Cellini. Hice mis primeros ensayos bajo la dirección de Zohanes Holbschuer, el más célebre grabador de mi patria. A casa de este maestro venía con frecuencia el señor Tobías Martín, el tonelero, que traía con él a su hija, la linda Rosa. Yo me

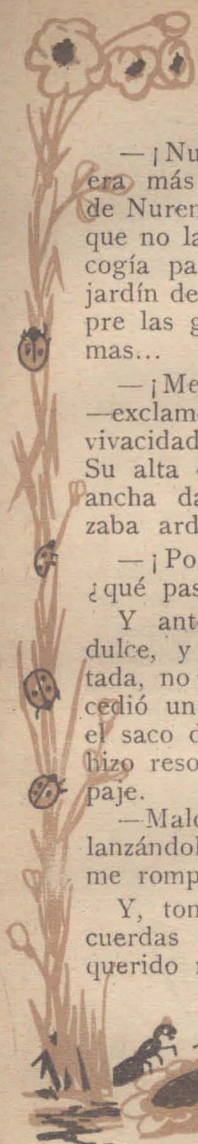


enamoré de esta joven. Dejé mi país y me fuí a Ausburgo para acelerar los progresos de mi aprendizaje; mas, aunque alejado de la que poseía mi corazón y mis pensamientos, no he tenido ante los ojos más que la imagen de Rosa. El trabajo se me hacía penoso, me daba hastío; yo sólo tenía una idea fija. conseguir la felicidad con que soñaba. Supe que el maestro Martín había declarado a todos que no concedería su hija sino al más hábil tonelero de la ciudad, y renuncié a mi vocación de artista para convertirme en obrero. Hoy vuelvo a Nuremberg a suplicar al maestro Martín que me reciba en medio de sus compañeros. Pero a medida que se aproxima el término de mis deseos, y que pienso en Rosa, a quien los años habrán embellecido mucho, la timidez y el temor de no ser recibido se disputan mi alma, pues ignoro si soy amado, si puedo esperar serlo alguna vez.

Reinaldo había escuchado la historia de Federico con una atención muda. Cuando la confidencia fué acabada, tomó la palabra; pero sus afecciones expresaban una ansiedad dolorosa que se esforzaba en vano combatir.

—¿Es verdad —dijo al fin— que Rosa no os ha dado jamás ninguna prueba de afección?





— ¡Nunca! exclamó Federico—; Rosa no era más que una niña cuando yo partí de Nuremberg. Puedo suponer, sin vanidad, que no la era desagradable; cuando yo recogía para ella las más bellas flores del jardín del señor Hobszchuer, me daba siempre las gracias con una sonrisa angelical; mas...

— ¡Me queda, pues, alguna esperanza! —exclamó Reinaldo con una expresión de vivacidad que hizo estremecer a su amigo. Su alta estatura acababa de erguirse; su ancha daga resonaba, y su mirada lanzaba ardientes destellos...

— ¡Por Dios! —preguntó Federico— ¿qué pasa en ti?

Y ante aquella figura hacía poco tan dulce, y entonces tan violentamente agitada, no pudo evitar un escalofrío; retrocedió un paso, y sus pies tropezaron con el saco de viaje de Reinaldo. Este choque hizo resonar una mandolina atada al equipaje.

— Maldito compañero —gritó Reinaldo, lanzándole una mirada amenazadora—. ¡No me rompas mi mandolina!

Y, tomando el instrumento, punteó las cuerdas con brusquedad, como si hubiese querido romperlas. De pronto se calmó, y



Cuentos de Calleja

colocando la mandolina en su espalda, tendió la mano a Federico:

—Vamos, querido hermano —le dijo con afecto—; vamos al lugar cercano. Tengo un remedio para espantar los fantasmas que pudieran atacarnos en el camino.

—¡Eh! amigo mío, ¿qué fantasmas pueden asustarnos?

—¡Descendamos al valle, y canta siempre. Yo experimento al escucharte un placer inefable.

Miríadas de estrellas sembraban el sombrío azul del cielo; el viento de la noche zumbaba entre las altas hierbas; los arroyuelos huían murmurando a lo largo de la ribera, y las voces de la soledad se prolongaban como los suspiros de un órgano bajo la bóveda de los bosques.

Federico y Reinaldo descendieron lentamente el camino que conducía al lugar. Cuando distinguieron la posada, Reinaldo, arrojando a un lado su saco de viaje, estrechó a Federico sobre su corazón y vertió lágrimas ardientes.





CAPÍTULO VI

Al día siguiente, al despertarse Federico, no encontró a su nuevo amigo acostado a su lado; se imaginaba que habría cambiado de ruta, cuando Reinaldo reapareció de pronto ante él, con el saco a la espalda, pero con un traje distinto del que llevaba la víspera. Había desprendido de su birrete la larga pluma flotante; no llevaba ya la daga ancha y corta, habiendo reemplazado con una casaca de paño de color muy común el elegante jubón que hacía resaltar la esbeltez de su talle.

— ¡Y bien! hermano —exclamó—, ¿me tomarás ahora por un buen compañero de taller, tal como yo deseo? Mas, para estar



enamorado, me parece que has dormido toda la noche de un sueño. Mira, el sol ha hecho ya su camino; ¡vamos, ligero, de corazón y de piernas!

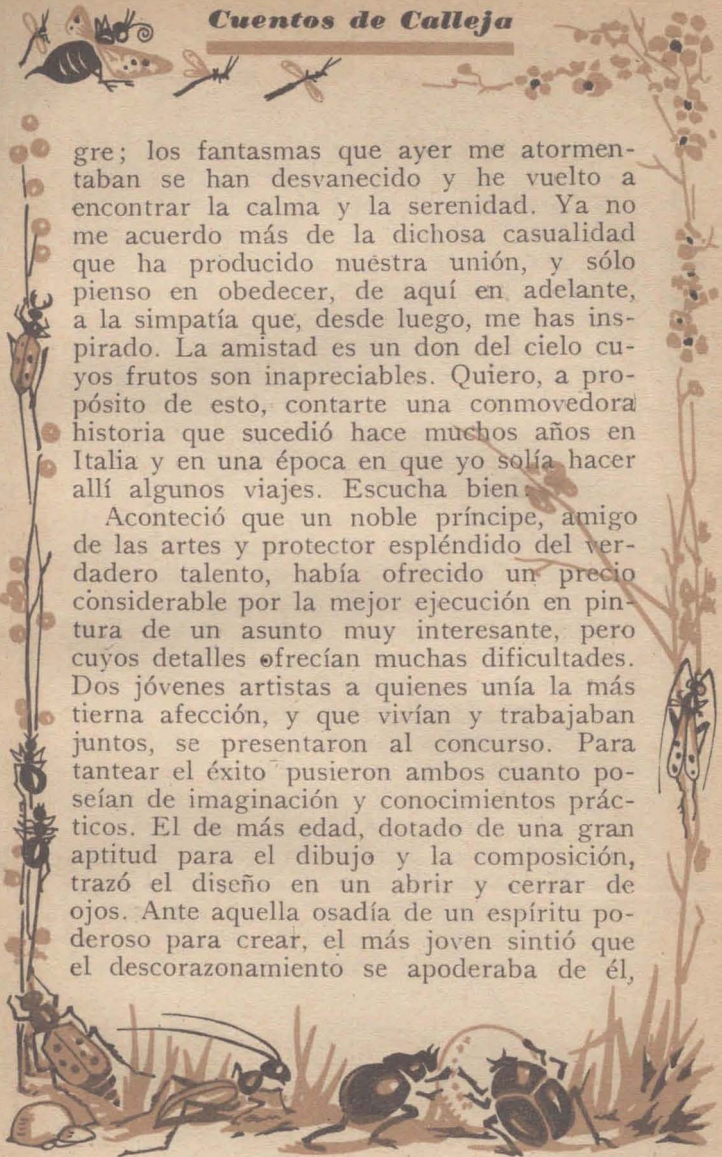
Federico, absorto en el porvenir, apenas respondió a las palabras de Reinaldo, que, entregado a una singular alegría, hablaba sin cesar, lanzando su birrete al aire y saltando como un loco. Cuando se aproximaban a la ciudad, Federico se hizo aún más sombrío, se detuvo todo trémulo, y exclamó:

— ¡No, no podría dar un paso más! La tristeza me oprime el corazón, y no puedo sostenerme; déjame buscar un momento de reposo bajo esos árboles.

Diciendo esto, se dejó caer sobre el césped, como un hombre anonadado.

Reinaldo se sentó a su lado y tomó la palabra para hablar del encuentro de la víspera.

Ayer —dijo— he debido causarte una extraña sorpresa. Cuando me confesabas tu amor, deplorando las incertidumbres del porvenir, me sentía yo también presa de una agitación que no podía explicarme; mi cerebro ardía; me hubiera vuelto loco si cuando te encontré tu dulce canción patriótica no me hubiese calmado como por milagro. Esta mañana me he despertado ale-

The page is framed by a decorative border. At the top, there are several flying insects like bees and flies, along with some small flowers. On the left and right sides, there are vertical stems with small round fruits or flowers. At the bottom, there is a cluster of tall grass and several beetles of different sizes and colors.

Cuentos de Calleja

gre; los fantasmas que ayer me atormen-
taban se han desvanecido y he vuelto a
encontrar la calma y la serenidad. Ya no
me acuerdo más de la dichosa casualidad
que ha producido nuestra unión, y sólo
pienso en obedecer, de aquí en adelante,
a la simpatía que, desde luego, me has ins-
pirado. La amistad es un don del cielo cu-
yos frutos son inapreciables. Quiero, a pro-
pósito de esto, contarte una conmovedora
historia que sucedió hace muchos años en
Italia y en una época en que yo solía hacer
allí algunos viajes. Escucha bien.

Aconteció que un noble príncipe, amigo
de las artes y protector espléndido del ver-
dadero talento, había ofrecido un precio
considerable por la mejor ejecución en pin-
tura de un asunto muy interesante, pero
cuyos detalles ofrecían muchas dificultades.
Dos jóvenes artistas a quienes unía la más
tierna afección, y que vivían y trabajaban
juntos, se presentaron al concurso. Para
tantear el éxito pusieron ambos cuanto po-
seían de imaginación y conocimientos prác-
ticos. El de más edad, dotado de una gran
aptitud para el dibujo y la composición,
trazó el diseño en un abrir y cerrar de
ojos. Ante aquella osadía de un espíritu po-
deroso para crear, el más joven sintió que
el descorazonamiento se apoderaba de él,

Cuentos de Calleja



y hubiera arrojado sus pinceles si su amigo no le hubiese sostenido con enérgicos consuelos. Cuando empezaron a pintar, el más joven tomó la revancha desde el primer día por la finura de los toques y el conocimiento del colorido, que llevaba tan lejos como hubiera podido hacerlo el artista más experimentado. Gracias a esta asociación, el más joven de los dos amigos presentó al concurso un cuadro de una exquisita perfección en el dibujo, y el mayor no había producido nunca nada tan suavemente ejecutado. Cuando la obra estuvo acabada, los dos maestros se arrojaron uno en brazos del otro, felicitándose por el triunfo que se prometían mutuamente. El más joven obtuvo el premio. «¡Oh!, exclamó, ¿cómo puedo aceptar el laurel de oro? ¿Qué sería mi obra aislada, sin los retoques de mi amigo?»

Y el de más edad le contestó:

«¿No me has ayudado tú también con tus consejos? Hemos reunido en cada una de nuestras obras lo que poseíamos uno y otro de experiencia e imaginación para llegar a un éxito común. El triunfo de uno de nosotros no puede ser la derrota del otro. La gloria cubre siempre a los verdaderos amigos con una verdadera corona.»

El pintor tenía razón, ¿no es verdad,



Federico? ¿Los celos podrán nunca tener acceso en nuestras nobles almas?

—¡Oh! no —exclamó Federico—, nuestra amistad data de nuestro primer encuentro; dentro de algunos días nos ocuparán los mismos trabajos en la misma ciudad: ¿quién sabe si bien pronto no rivalizaremos para ver quién hace mejor, sin ayuda del fuego, un hermoso tonel, como obra maestra que nos haga pasar de obremos a maestros? ¡Que Dios preserve de toda baja envidia a aquel de nosotros cuya obra obtenga mayores votos!

—¿Cómo es eso? —replicó Reinaldo, con una alegre vivacidad— Es que yo quiero que cada uno de nosotros ayude al otro. Y en verdad, te advierto que en todo lo concerniente al dibujo, las medidas y al aforamiento, encontrarás cerca de mí consejos positivos; en cuanto a la elección de madera, puedes descansar en mí. Yo guiaré tu trabajo con un celo decidido, sin temer que mi obra maestra pueda ser menos perfecta por haber comunicado a un amigo los secretos de mi arte.

—¡Eh! querido Reinaldo, ¡a qué hablamos ahora de obras maestras y rivalidades! ¿Estamos acaso disputándonos a la bella Rosa?... ¡En verdad, todas mis ideas se confunden en mi pobre cabeza!...

Cuentos de Calleja



—¿Y quién te habla de Rosa? —dijo Reinaldo, echándose a reír—. Yo creo que tú sueñas con los ojos abiertos; ¡vamos, ven! estamos ya al final del camino.

Federico se puso en marcha, y pronto llegaron a una posada, situada a la entrada de los arrabales de la ciudad.

—¿A quién voy a ofrecer mis brazos? —dijo Reinaldo—. No conozco a nadie, a menos, querido hermano, que no quieras conducirme a casa del maestro Martín.

—¡Oh, gracias por esa idea! —respondió Federico apresuradamente—; sí, iremos juntos en busca del maestro Martín; yendo contigo tendré menos miedo, y no sentiré tanta turbación al entrar en aquella casa.

Los dos amigos, después de haberse vestido convenientemente, salieron de la posada para ir a visitar al maestro Martín. Aquel día era, precisamente, el domingo señalado por el rico tonelero para celebrar con un banquete su nombramiento para el respetable empleo de presidente del gremio. Eran próximamente las doce cuando nuestros jóvenes viajeros entraron en la casa, donde resonaban los choques de los vasos y las alegres exclamaciones de los convidados.

—¡Qué momento tan inoportuno! —dijo Federico.



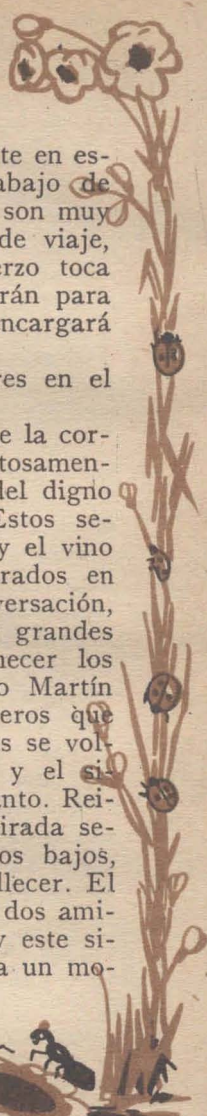
—Al contrario —contestó Reinaldo—, en medio de la alegría que excita el vino generoso es cuando los hombres son más accesibles, y apuesto a que el maestro Martín va a hacernos una buena acogida.

En aquel momento el dueño de la casa, a quien habían hecho avisar, se presentó a ellos con el andar un tanto avinado y las mejillas bastante rubicundas. En seguida reconoció a Federico:

—¡Hola, eres tú, buen mozo! —exclamó—. ¿Estás ya de vuelta? Bien, bien. ¿Has aprendido la noble profesión de tonelero? Recuerdo que ese loco de Hobzschuer pretendía, cuando le hablaba de ti, que tú habías nacido para cincelar figuras y balaustadas como las que se ven aquí en la iglesia de San Levaldo, y en Ausburgo en la casa de Fugger. Pero todos estos cuentos me convencían muy poco, y te felicito por haber escogido voluntariamente el buen partido. ¡Seas, pues, mil veces bien venido a nuestra casa!

Y hablando así, el maestro le abrazó estrechamente. El pobre Federico sentía renacer su valor en brazos del tonelero; aprovechóse, pues, de aquel momento para solicitar su admisión y la de su camarada en los talleres del maestro Martín.

—¡Sed una vez más bien venidos los dos

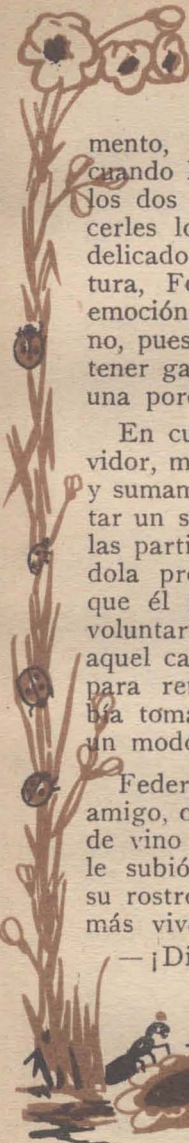


—añadió el tonelero—; precisamente en estos momentos me cae mucho trabajo de todas partes, y los buenos obreros son muy raros! Dejad ahí vuestros sacos de viaje, y entrad con nosotros; el almuerzo toca a su fin, pero todavía se encontrarán para vosotros algunos platos y Rosa se encargará de trataros bien.

Y diciendo esto entraron los tres en el comedor.

Todos los venerables maestros de la corporación de toneleros estaban vistosamente ataviados, bajo la presidencia del digno consejero Jacobo Paumgartner. Estos señores se hallaban en los postres, y el vino del Rin chispeaba a raudales dorados en cubiletes de gran medida. La conversación, muy animada y entrecortadas por grandes explosiones de risa, hacía estremecer los cristales; pero cuando el maestro Martín reapareció entre los dos compañeros que quería presentar, todas las miradas se volvieron hacia los recién llegados, y el silencio se restableció como por encanto. Reinaldo paseó en torno suyo una mirada segura; pero Federico, con los ojos bajos, sentía su corazón próximo a desfallecer. El maestro Martín hizo colocar a los dos amigos en un extremo de la mesa; y este sitio, el más humilde de todos hacía un mo-





mento, se convirtió en el más envidiable cuando la linda Rosa vino a sentarse entre los dos convidados para ocuparse de ofrecerles los mejores vinos y los trozos más delicados. Al lado de aquella deliciosa criatura, Federico apenas podía contener su emoción, y con los ojos fijos en su plato lleno, pues estaba demasiado enamorado para tener ganas de comer, dirigía interiormente una porción de ternezas a su bien amada.

En cuanto a Reinaldo era un franco vividor, muy atento a la gentileza de la joven y sumamente inflamable. Rosa no pudo evitar un secreto placer al oírle detallar todas las particularidades de sus viajes, pareciéndola presenciar todos los acontecimientos que él refería; su corazón se dejaba involuntariamente seducir por el encanto de aquel carácter excéntrico, y no tenía fuerza para retirar su mano, que Reinaldo había tomado repetidas veces y apretaba de un modo muy significativo.

Federico, sin embargo, excitado por su amigo, concluyó por vaciar un cubilete lleno de vino del Rin. El calor de este líquido le subió al cerebro y desató su lengua; su rostro se animó y su sangre circuló con más viveza.

— ¡Dios mío, cuán dichoso soy! —excla-



Cuentos de Calleja

mó de repente—; ¡experimento un bienestar inefable!

La hija del maestro Martín no pudo contener a estas palabras una maliciosa sonrisa.

—¡Rosa! —continuó Federico, ¿me atreveré a creer que os habéis acordado de mí?

—¿Y cómo poder olvidaros? —respondió la muchacha—; aun recuerdo los días tan queridos de mi infancia; entonces os gustaba jugar conmigo, y he guardado con gran cuidado aquel canastillo de hilo de plata que me disteis en la *Weinacht*.

—¡Oh, Rosa, mi bien amado! —exclamó Federico fuera de sí, con el pecho oprimido y la mirada andiente.

—Esperaba vuestro regreso con mucha impaciencia —prosiguió Rosa—; pero cuando pienso en las preciosas labores que ejecutabais en otro tiempo bajo la dirección del maestro Hobzschuer, no puedo comprender cómo habéis dejado la carrera de artista para convertirlos en un simple obrero de los talleres de mi padre.

—¡Pues por vos —interrumpió Federico con entusiasmo—, por vos únicamente he hecho ese sacrificio!...

Apenas acabó de decir estas palabras, se turbó, enrojando como si se le hu-



biera escapado alguna cosa inconveniente. Ella, que le había comprendido, bajó los ojos ruborizada y quedó muda; afortunadamente, Jacobo Paumgartner, golpeando con su cuchillo la mesa de roble para hacer callar las conversaciones, anunció que el maestro Vollrad iba a cantar un *lied*.

El maestro Vollrad se levantó en seguida, y después de toser entonó con voz llena y sonora un canto nacional compuesto por Hans Vogélgesan. Todos se sintieron electrizados, y Federico mismo volvió a tomar su confianza de joven. El cantante entonó muchos trozos de géneros variados; luego invitó a que alguno de los asistentes le imitase; Reinaldo tomó su mandolina, y después de preludiar suaves acordes, cantó el siguiente *lied*:

«¿Dónde se oculta el pequeño manantial de donde brota el vino generoso? En un sombrío tonel. Allí es donde el pequeño manantial se extiende en ondas de oro, que se tornan en nuestros cubiletes en vinos chispeantes y dorados, ¿Quién ha hecho el receptáculo precioso del querido manantial? El arte del tonelero. El tonelero se alegra bebiendo su vino; ama, vaciando su cubilete. ¡El vino generoso, el amor casto y puro, son los compañeros del tonelero!»

Grandes aplausos cubrieron la voz del





cantante, pero ninguno del auditorio pareció más encantado que el maestro Martín; sin escuchar las celosas observaciones de Vollrad, que se esforzaba en probar que el método de Reinaldo tenía algo de las imperfecciones de Hans Muller, llenó el cubilete más grande del festín, y levantándolo cuanto pudo, exclamó:

— ¡Ven aquí, buen compañero y alegre cantor, ven a beber un trago en la copa del maestro Martín!

Reinaldo obedeció; luego se volvió a su sitio y dijo muy bajo a Federico que pagase su escóte cantando su *lied* de la víspera.

— ¡Al diablo la ocurrencia! —murmuró Federico con un gesto de impaciencia.

Pero Reinaldo, sin hacerle caso, se levantó y dijo muy alto:

— Respetables maestros y señores: He aquí a mi hermano Federico, que sabe mejor que yo una porción de baladas y canciones, con las cuales os regalaría, si su garganta no estuviese un poco lastimada por el polvo del camino que acabamos de hacer; será, pues, si lo permitís, para vuestra próxima reunión...

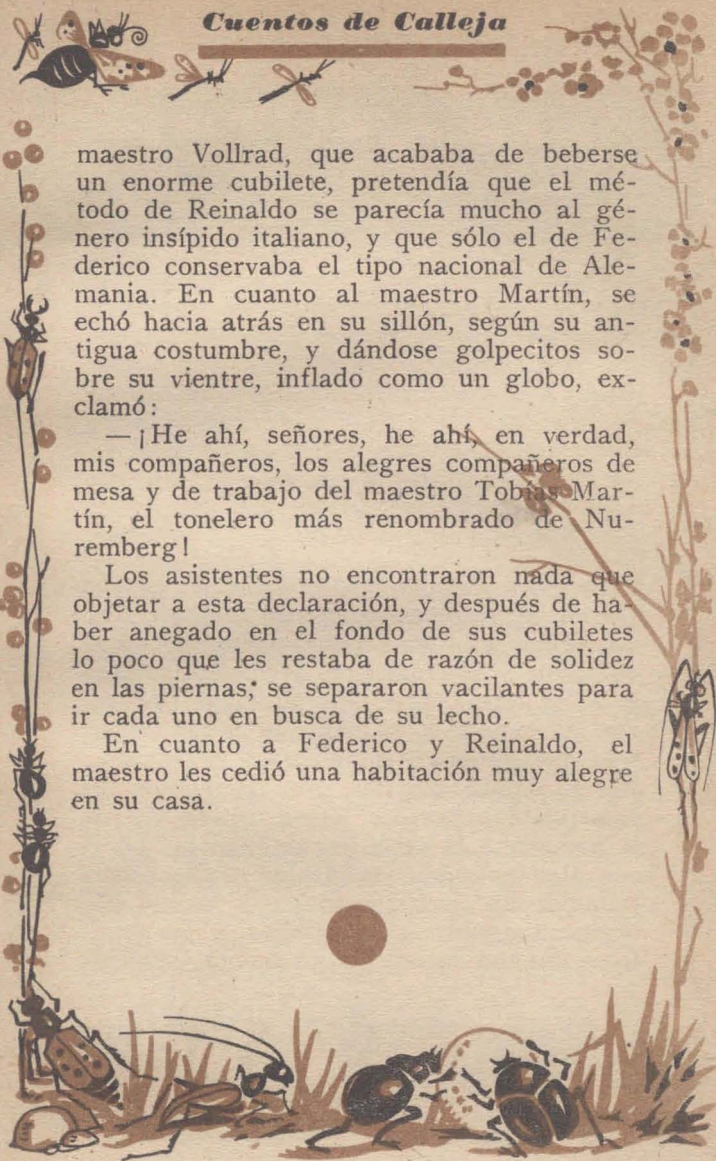
A estas palabras todos fueron a cumplimentar a Federico, y hasta hubo quien se encargó, sin haberle oído, de poner su voz muy por encima de la de Reinaldo. El

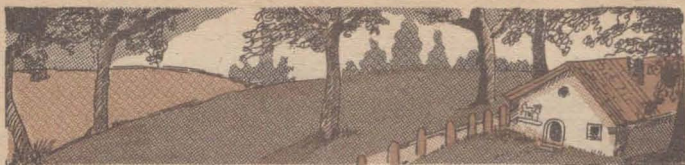
maestro Vollrad, que acababa de beberse un enorme cubilete, pretendía que el método de Reinaldo se parecía mucho al género insípido italiano, y que sólo el de Federico conservaba el tipo nacional de Alemania. En cuanto al maestro Martín, se echó hacia atrás en su sillón, según su antigua costumbre, y dándose golpecitos sobre su vientre, inflado como un globo, exclamó:

— ¡He ahí, señores, he ahí, en verdad, mis compañeros, los alegres compañeros de mesa y de trabajo del maestro Tobías Martín, el tonelero más renombrado de Nuremberg!

Los asistentes no encontraron nada que objetar a esta declaración, y después de haber anegado en el fondo de sus cubiletes lo poco que les restaba de razón de solidez en las piernas, se separaron vacilantes para ir cada uno en busca de su lecho.

En cuanto a Federico y Reinaldo, el maestro les cedió una habitación muy alegre en su casa.

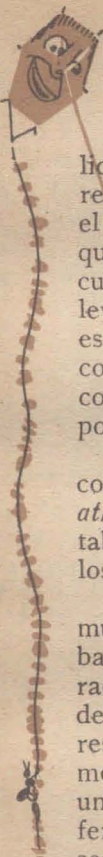




CAPÍTULO VII

Después de algunas semanas de prueba y trabajo, el maestro Martín notó en Reinaldo una habilidad nada común en el arte de medir y calcular con ayuda del compás y de la línea; pero era un débil trabajador en cuanto a la obra de taller, mientras que Federico se mostraba infatigable. Por lo demás, los dos eran igualmente recomendables por su buena conducta; de la mañana a la tarde encantaban las horas con alegres canciones, de las cuales poseía Reinaldo un rico repertorio; y cuando Federico apercibía a hurtadillas a la gentil Rosa tomaba de repente un acento melancó-





lico, mientras que Reinaldo cantaba este refrán burlesco: « ¡El tonel no es un laúd, el laúd no es un tonel! » El viejo Martín, que no maliciaba nada, se quedaba con frecuencia con el brazo en el aire, el martillo levantado sin golpear su duela, y riendo estrepitosamente. Pero la pequeña Rosa, que comprendía demasiado, sabía muy bien encontrar mil y una ocasiones para ir a rondar por el taller.

Un hermoso día el maestro Martín entró con aire preocupado en su taller de *Frauth*. Sus dos compañeros favoritos ajustaban un barril. Él se detuvo ante ellos con los brazos cruzados.

— Mis buenos amigos — les dijo —, estoy muy contento de vosotros y de vuestro trabajo; y, sin embargo, heme aquí muy apurado. Se me escribe que la cosecha de vino del Rin debe traspasar este año todos los resultados obtenidos hasta el día; un famoso astrólogo ha predicho la aparición de un cometa cuyo calor debe ocasionar una fertilidad maravillosa; los frutos de la viña serán centuplicados, y ese admirable meteoro no reaparecerá hasta dentro de trescientos años. Ya comprenderéis la enorme cantidad de obra que va a afluir a mis talleres. Ya el venerable Obispo de Bamberg me





ha dirigido el pedido de un tonel inmenso. Nosotros no seríamos nunca suficientes para ejecutar la obra que va a sernos propuesta; tengo absoluta necesidad de tomar un compañero más, recto, celoso y activo como vosotros. Dios me libre de traer aquí algún mozuelo del cual no esté bien seguro; ¿qué hacer, pues, cuando el tiempo apremia y se quiere estar bien servido? ¿No podríais indicarme algún honrado muchacho de vuestro conocimiento? De cualquier parte que sea preciso hacerle venir, y cueste lo que cueste, yo estoy pronto.

Apenas concluía el maestro Martín este discurso, cuando la puerta se abrió con estrépito, y un joven de alta estatura y cuello de toro exclamó con voz estentórea:

— ¡Hola! ¿Es aquí el taller del maestro Martín?

— Sin duda —contestó éste, yendo al encuentro del forastero—, aquí es; pero me parece, buen mozo, que hubierais podido no entrar como un diablo destructor, y, sobre todo, gritar menos fuerte. No se entra así en casa de las gentes.

— ¡Ja, ja, ja! —repuso el joven, riendo de todo corazón—. ¿Sois tal vez el maestro Martín en persona? Sí, panza redonda y triple barba, mirada viva y nariz granujen-



ta; el mismo; las señas que me han dado no pueden ser más exactas. ¡Maestro Martín, os saludo con respeto!...

—¿Y qué diablo queréis del maestro Martín? —preguntó el tonelero con muy poco agrado.

—Soy —repuso el joven— un compañero tonelero de algún mérito, y vengo en busca de trabajo.

El maestro Martín retrocedió, sorprendido, viendo presentarse en su casa un mozo tan suelto en el momento preciso en que le faltaban obreros; midió de arriba abajo con la vista al recién llegado, y, satisfecho da encontrarle tan vigorosamente constituido, se apresuró a pedirle los certificados de los maestros con los cuales había trabajado.

—No tengo nada de eso por el momento —replicó el joven—; pero dentro de pocos días los traeré, y por ahora creo suficiente garantía para con vos mi palabra de obrero bueno y honrado.

Y sin dar al maestro Martín tiempo para formular una respuesta, el joven compañero se dirigió al fondo del taller, tiró en un rincón su birrete y su saco de viaje, y, quitándose el jubón, ciñóse su delantal de trabajo, exclamando con aire decidido:



—Veamos, maestro Martín, ¿por dónde debo comenzar?

El maestro, muy sorprendido de este modo brusco de entrar en materia, que parecía no admitir la posibilidad de una negativa, reflexionó durante algunos instantes; luego, dirigiéndose de nuevo al forastero:

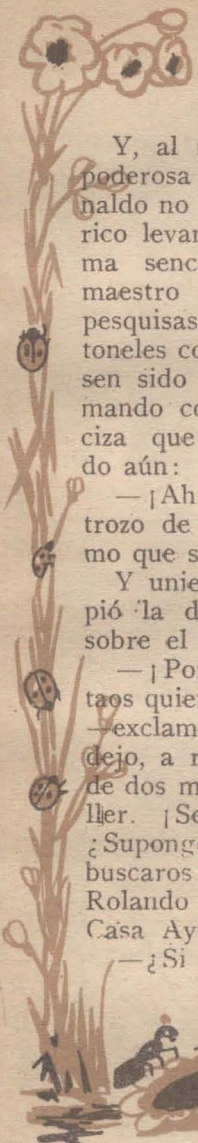
—Compañero —le dijo—, puesto que estáis tan seguro de vos mismo, dadme inmediatamente una prueba de vuestra habilidad. Tomad una doladera y acabad de pulirme sobre el banco los aros que deben sostener esta barrica.

El forastero no se lo hizo decir dos veces, y en un abrir y cerrar de ojos acabó su obra de ensayo.

—Y bien —dijo entonces con su alegre risa—, y bien, maestro Martín, ¿dudáis todavía de mi habilidad? Ahora quisiera examinar un poco la calidad de los útiles de que se sirven por aquí.

Hablando así, lo revolvía todo y examinaba cada objeto de una manera concienzuda.

—Maestro —decía de vez en cuando— ¿qué martillo es éste? ¿No es acaso un juguete de vuestros niños? Y esta doladera tan pequeña, ¿será para el uso de los aprendices?



Y, al mismo tiempo, blandía con mano poderosa un enorme martillo, del cual Reinaldo no había podido servirse, y que Federico levantaba a duras penas. Con la misma sencillez manejaba la doladera del maestro Martín; luego, continuando sus pesquisas, hizo dar vueltas a dos grandes toneles con la misma facilidad que si hubiesen sido simples barricas; por último, tomando con las dos manos una duela maciza que el cepillo no había adelgazado aún:

—¡Ah! —exclamó—, he aquí un buen trozo de roble, esto debe estallar lo mismo que si fuese de vidrio.

Y uniendo la acción a la palabra, rompió la duela, como una humilde tablilla, sobre el cortante de una piedra de afilar.

—¡Por las reliquias de San Levaldo, estos quiero, si os place, querido compañero! —exclamó el maestro Martín—; vais, si os dejo, a romperme los fondos de este tonel de dos mazazos y hacer pedazos todo mi taller. ¡Seríais capaz de demoler la casa! ¿Supongo que no pretenderéis que vaya a buscaros a guisa de doladera la clava de Rolando el paladín, que se conserva en la Casa Ayuntamiento de Nuremberg?

—¿Si os place, por qué no? —respondió



Cuentos de Calleja

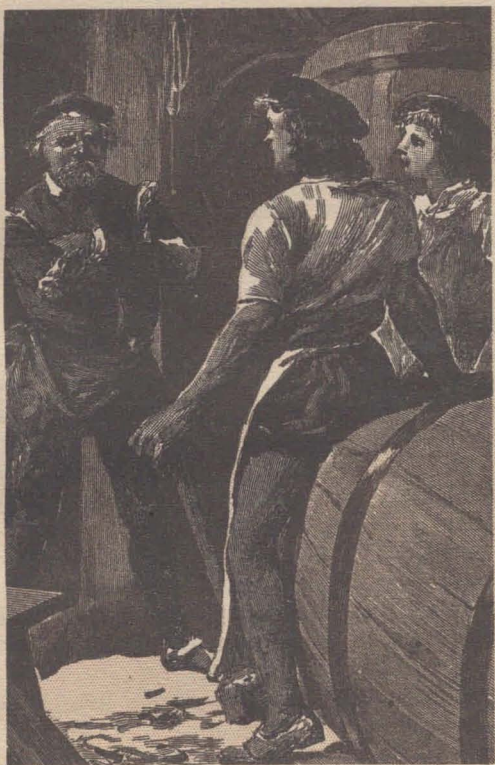
el joven, lanzando al maestro una mirada de fuego; pero bajó en seguida los ojos, y repuso con voz más dulce:

—Piensen únicamente, querido maestro, que podéis tener necesidad, para los trabajos más fuertes, de un obrero vigoroso, y tal vez haya traspasado a vuestros ojos los límites de lo conveniente. Os ruego me perdonéis, y permitidme quedar en vuestra casa para trabajar tan rudamente como queráis exigir.

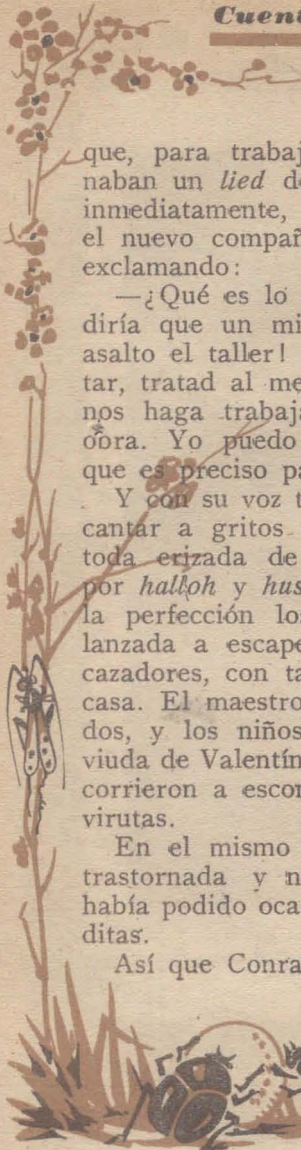
El maestro Martín iba de sorpresa en sorpresa. La calma súbita del joven compañero producía sobre él una sensación indefinible. No podía dejar de contemplar sus facciones, regularmente bellas y que denunciaban un alma de la más pura honradez. Le parecía notar en su fisonomía cierta semejanza con la de un hombre que él había conocido y venerado anteriormente, pero del cual sus recuerdos no le traían más que una imagen lejana; acogió, pues, la súplica del joven bajo la sola condición de que enviaría en breve el certificado de los maestros con los cuales había aprendido el oficio y recibido el primer grado.

Mientras arreglaban este negocio, Reinaldo y Federico terminaron su barrica y comenzaron a circularla, al mismo tiempo





Él se detuvo ante ellos con los brazos cruzados.



que, para trabajar con más gusto, entonaban un *lied* de Adán Puschanann. Pero inmediatamente, Conrado (así se llamaba el nuevo compañero) se lanzó del banco, exclamando:

—¿Qué es lo que canturrean éstos? ¡Se diría que un millar de ratas tomaba por asalto el taller! Si queréis echaros a cantar, tratad al menos que sea de modo que nos haga trabajar con más ahinco en la obra. Yo puedo daros un ejemplo de lo que es preciso para esto.

Y con su voz tonante, Conrado se puso a cantar a gritos una canción de cazadores toda erizada de estribillos que concluían por *halloh* y *hussak*; tan pronto imitaba a la perfección los ladridos de una jauría lanzada a escape, como los gritos de los cazadores, con tal fuerza, que temblaba la casa. El maestro Martín se tapaba los oídos, y los niños de la señora Marta (la viuda de Valentín, que jugaban en el taller, corrieron a esconderse bajo un montón de virutas.

En el mismo instante llegó Rosa, toda trastornada y no sabiendo qué desgracia había podido ocasionar aquellas voces inauditas.

Así que Conrado apercibió a la hermosa



hija del maestro Martín, quedó cortado en medio de su canto, y, yendo ante ella, la dijo con el aire más noble y el tono más dulce:

—Encantadora niña, ¡qué celeste claridad ha iluminado esta pobre cabaña de obreros cuando vos habéis entrado! ¡Oh! ¡Si yo hubiera sabido que estabais tan cerca de aquí me hubiera guardado muy bien de herir vuestros oídos delicados con mi canción salvaje!... ¡Hola, vosotros! —prosiguió, dirigiéndose al maestro Martín y a los dos compañeros—: ¿no sabéis imponer un momento de silencio a vuestros martillos en tanto que esta querida niña se halle entre nosotros? ¡No se debería oír aquí más que su dulce voz, ni pensar más que en escuchar sus menores caprichos, para obedecer humildemente!...

Reinaldo y Federico cambiaron entre sí una mirada, que expresaba bastante el descontento que les causaba aquel apóstrofe. En cuanto al maestro Martín, se echó a reír, según su buena costumbre, y respondió:

—Pardiez, Conrado, vos me hacéis el efecto del más singular pajarraco que haya entrado en mi casa nunca. ¡Comenzáis por hacer gestos a todo y convertirlo en

Cuentos de Calleja



polvo bajo vuestros pies de gigante mal educado; luego nos rompéis la cabeza con vuestros aullidos, y para colmar todas las anteriores locuras tratáis a Rosa como a una princesa y tomáis con ella aires y palabras de gran señor! Creo que una casa de locos os convendría mejor que mi taller.

—Vuestra querida Rosa —repuso Conrado sin parecer ofendido de aquel reproche un tanto vivo— es, mi digno maestro, puedo decíroslo, la más graciosa y noble criatura del universo; ¡quiera el cielo que ella se digne no permanecer insensible a los homenajes del galán heredero de noble raza que pondrá algún día a sus pies su tierno amor y sus blasones!

El maestro Martín se apretaba los costados con ambas manos para no romper a reír; pero, a pesar de sus esfuerzos, una risa homérica se apoderó de él, y se dejó caer rodando sobre el banco lo mismo que un poseído. Después, cuando tuvo fuerza para articular una palabra:

—Como quieras, buen compañero —exclamó—; da a mi Rosa los nombres más bellos que puedas imaginar, no pongo ningún obstáculo, al contrario; mas te encargo que no pierdas un martillazo, pues aquí el trabajo es antes que la galantería.





Conrado sintió esta reprensión atravesar su corazón como un hierro candente; su mirada brilló como un relámpago; pero se contuvo y respondió:

— ¡Es verdad!

Luego se puso a trabajar.

Rosa se había sentado al lado de su padre sobre un pequeño barril, al que Reinaldo había pasado hacía poco la doladera para darle mejor aspecto y que Federico acercó galantemente. El maestro suplicó a sus dos compañeros favoritos que volvieran a entonar, en favor de Rosa, la canción que Conrado había tan brutalmente interrumpido. Éste permanecía mudo y no parecía tener ojos más que para su trabajo.

Una vez acabada la canción, el maestro Martín tomó la palabra, y dijo:

— El cielo os ha dado un hermoso talento, mis queridos compañeros; no podéis figuraros hasta qué punto llevo la pasión por el canto. En otro tiempo sentí alguna vocación por la profesión de cantante, pero no conseguí nada, y sólo obtuve por todo fruto de mis esfuerzos equívocos y burletas; tan pronto confundía las claves como el compás, y cuando por casualidad no me sucedía esto embarullaba todas las melodías. A pesar de esto, me complazco en



veros marchar mejor que vuestro patrón, y tendré mucho gusto en decir que los buenos compañeros de Tobías Martín han conseguido lo que no consiguió su maestro. El domingo próximo los músicos darán un concierto en la iglesia de Santa Catalina. Vosotros iréis también a cooperar de una manera brillante, pues una parte de la sesión estará consagrada a los cantores fô-rasteros que quieran dejarse oír de un público escogido.

Así, pues, señor Conrado —prosiguió el maestro Martín, volviéndose del lado de su tercer compañero—, si deseáis amenizar la concurrencia con vuestra canción salvaje podéis hacerlo a vuestro gusto.

—¿Por qué os burláis de mí, querido maestro? —respondió Conrado, sin levantar los ojos—; cada cosa en su lugar; yo cuento con solazarme sobre el césped florido todo el tiempo que vosotros consagréis a la audición de los cantores.

Llegó el domingo, y sucedió lo que el maestro Martín había previsto. Reinaldo subió al estrado, y cantó muchos trozos con satisfacción general. Cuando Federico le sucedió paseó durante algunos minutos sobre la asamblea una larga mirada, velada por la melancolía, que llegó hasta el cora-





zón de Rosa. Después entonó con voz graciosamente modulada un *lied* de Enrique Frauenlob, que obtuvo muchos aplausos, pues todos los maestros cantores reconocieron que aquel joven tenía mucha ventaja sobre ellos. Cuando llegó la tarde y concluyó el concierto, el maestro Martín, satisfecho del éxito que habían obtenido sus dos compañeros favoritos, les permitió acompañarle con su hija a un prado florido que se extendía en las cercanías de la ciudad. Rosa caminaba lista y rozagante entre los dos jóvenes. Federico, todo enorgullecido por los elogios que le habían prodigado ante ella los maestros cantores, se atrevía a deslizar en su oído algunas ternezas, cuya intención amorosa era fácil adivinar, pero de las cuales la muchacha, por modestia, parecía no comprender el verdadero sentido. En lugar de escuchar a Federico se ocupaba en apariencia de Reinaldo, que tuvo la audacia de apoderarse sin miramiento alguno, del más lindo brazo que jamás criatura femenina haya poseído. Al llegar al prado que servía aquel día de fin de paseo encontraron varios grupos de jóvenes entregados a toda suerte de ejercicios y juegos, en que la fuerza del cuerpo decidía la victoria. Salvas de aplausos par-





tían a cada instante de la muchedumbre de curiosos. El maestro Martín, curioso como los demás, se abrió paso a codazos para ver de cerca al dichoso vencedor que recibía las ovaciones. Su obrero Conrado ganaba todos los premios: en la carrera, en la lucha y en el tiro. En el momento en que se acercaba el maestro Martín, Conrado, elevando la voz, desafiaba al combate de la esgrima a los más hábiles de sus rivales. Muchos pases de armas se dieron, en los cuales siempre llevó la ventaja Conrado; él solo se llevó todos los honores de aquella jornada.

El sol se ocultaba; las llamas rojizas del crepúsculo naciente se extendían como una barra de oro en el horizonte. El maestro Martín, Rosa y los dos compañeros se habían sentado cerca de una fuente saltadora que esparcía sobre el prado la frescura y la fertilidad. Reinaldo evocaba mil recuerdos de la brillante Italia; Federico recogido en sí mismo, tenía su mirada fija en los ojos de Rosa. Conrado se acercó a ellos lentamente, como un hombre que duda y oculta un proyecto.

— ¡Vamos, Conrado, llegad pues! — le gritó el maestro Martín al apercibirle de lejos—. Habéis tenido un hermoso y franco



éxito en todos los ejercicios, y os felicito sinceramente; me gusta que mis compañeros se distingan en todo. Venid, poneos ahí, bien cerca de nosotros...

Conrado, en lugar de conmovirse por esta cordialidad, dejó caer sobre su patrón una mirada fiera y desdenosa, diciendo:

—No es de ningún modo a vos a quien busco aquí, y no necesitaba vuestro permiso para sentarme, si así se me hubiera antojado. He vencido hoy a todos aquellos que se han atrevido a luchar conmigo, y quisiera suplicar a vuestra hermosa hija me concediese por premio de mi victoria el ramo perfumado que adorna su pecho.

Y diciendo esto, dobló la rodilla con mucha humildad ante Rosa, a quien cubrió con una mirada ardiente.

—Bella Rosa —le dijo—, no me rehuséis este ligero, pero precioso favor.

La hija del maestro Martín no pudo resistir a una súplica hecha con tanta cortesía.

—Un caballero de vuestro mérito—contestó— bien debe obtener algún recuerdo de la dama de sus pensamientos. ¡Yo os dejaría este ramo, pero mirad cuán marchitas están sus flores!

Conrado las cubrió de apasionados besos, atándolas a su birrete. El maestro Mar-

Cuentos de Calleja

tín no parecía cuidarse mucho de esta cuestión familiar.

— ¡Vamos, vamos, dejarse de locuras, pues ya es tarde y debemos retirarnos!

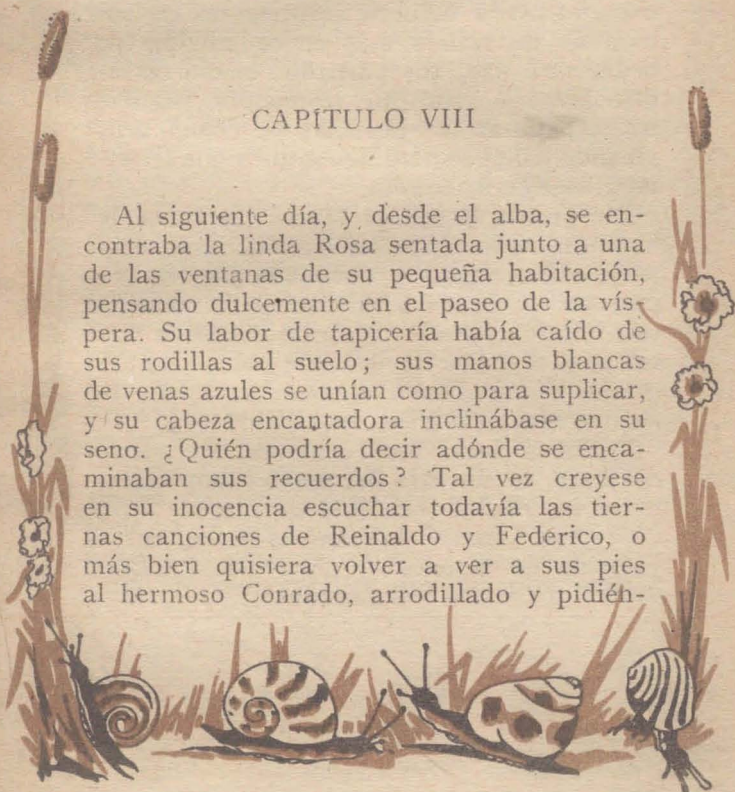
El maestro tomó la delantera. Conrado se apoderó del brazo de la muchacha con una solícita galantería que contrastaba singularmente con las maneras grotescas de su modo de ser habitual, y Reinaldo y Federico cerraban la marcha con un aspecto frío y marcadamente burlón. Todos decían al verlos pasar: « ¡He aquí al rico tonelero Tobías Martín y sus bravos compañeros!... »

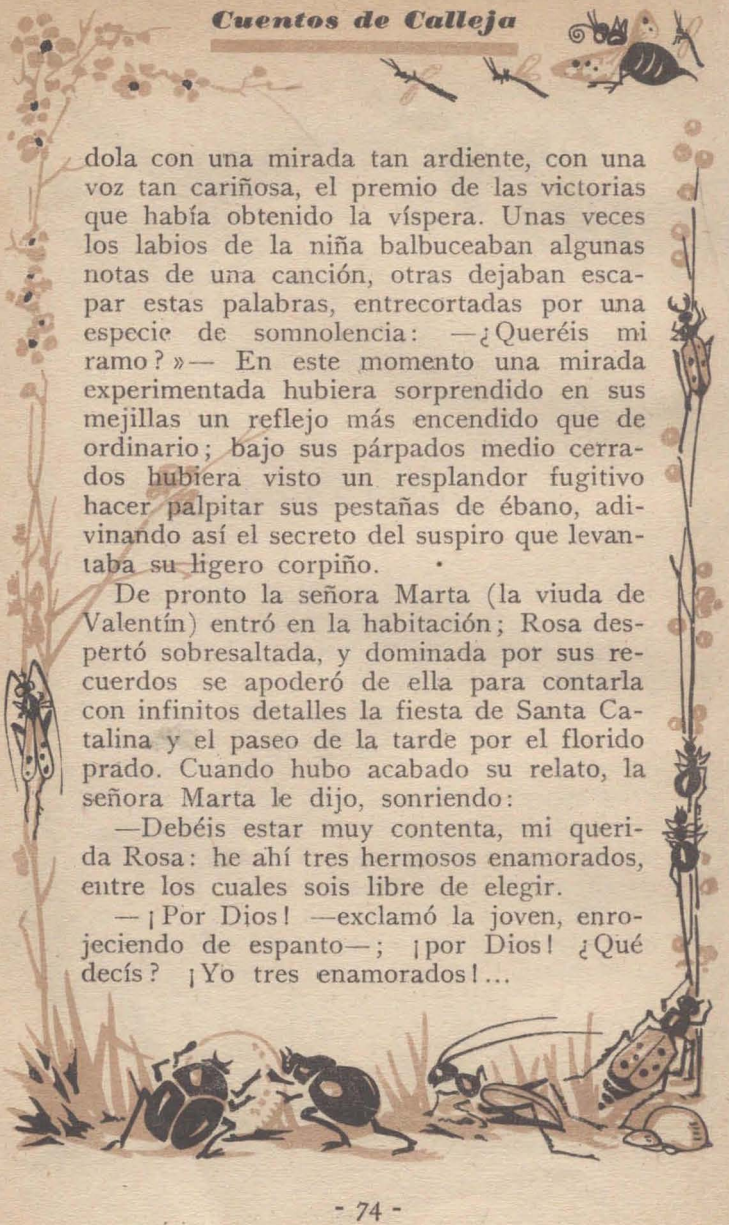




CAPÍTULO VIII

Al siguiente día, y desde el alba, se encontraba la linda Rosa sentada junto a una de las ventanas de su pequeña habitación, pensando dulcemente en el paseo de la víspera. Su labor de tapicería había caído de sus rodillas al suelo; sus manos blancas de venas azules se unían como para suplicar, y su cabeza encantadora inclinábase en su seno. ¿Quién podría decir adónde se encaminaban sus recuerdos? Tal vez creyese en su inocencia escuchar todavía las tiernas canciones de Reinaldo y Federico, o más bien quisiera volver a ver a sus pies al hermoso Conrado, arrodillado y pidién-



A decorative border surrounds the text, featuring stylized flowers and various insects. At the top right, there are two beetles and a fly. Along the right side, a long, thin insect, possibly a grasshopper or cricket, is depicted. At the bottom, there are several beetles and a grasshopper. On the left side, a fly is visible near the middle.

dola con una mirada tan ardiente, con una voz tan cariñosa, el premio de las victorias que había obtenido la víspera. Unas veces los labios de la niña balbuceaban algunas notas de una canción, otras dejaban escapar estas palabras, entrecortadas por una especie de somnolencia: —¿Queréis mi ramo? »— En este momento una mirada experimentada hubiera sorprendido en sus mejillas un reflejo más encendido que de ordinario; bajo sus párpados medio cerrados hubiera visto un resplandor fugitivo hacer palpar sus pestañas de ébano, adivinando así el secreto del suspiro que levantaba su ligero corpiño.

De pronto la señora Marta (la viuda de Valentín) entró en la habitación; Rosa despertó sobresaltada, y dominada por sus recuerdos se apoderó de ella para contarla con infinitos detalles la fiesta de Santa Catalina y el paseo de la tarde por el florido prado. Cuando hubo acabado su relato, la señora Marta le dijo, sonriendo:

—Debéis estar muy contenta, mi querida Rosa: he ahí tres hermosos enamorados, entre los cuales sois libre de elegir.

—¡Por Dios! —exclamó la joven, enrojeciendo de espanto—; ¡por Dios! ¿Qué decís? ¡Yo tres enamorados!...

—¿Y por qué no? —repuso Marta—. ¿Es conmigo con quien deben tenerse esos misterios a propósito de una cosa que salta a la vista? ¿Creéis que no se sabe muy bien que los tres compañeros del maestro Martín están locamente apasionados de vos?...

—¡Ah! ¿qué decís? —interrumpió Rosa, ocultando con ambas manos sus ojos, de los cuales rodaban las lágrimas.

—Vamos, querida niña —dijo Marta, atrayéndola hacia sí—; vamos, mi buena Rosa, no me ocultes la verdad; tú has debido apercibirte de que estos tres jóvenes olvidan su trabajo cuando tú apareces, y que sus martillos golpean en falso porque sus ojos están fijos en ti. ¿Acaso las muchachas no adivinan en seguida estas cosas? ¿No has notado que Reinaldo y Federico guardan sus más bellas canciones para las horas en que tú trabajas al lado de tu padre? ¿No ha llamado tu atención el cambio súbito que se opera en las maneras bruscas y salvajes de Conrado? Cada una de tus miradas hace un feliz y dos celosos. Y luego, ¿no es acaso muy dulce sentirse amada por tres hermosos jóvenes? Si tú vinieras un día y me dijeras con mucha zalamería: «Señora Marta, aconsejadme; ¿cuál de esos gentiles pretendientes mere-



ce mejor mi corazón y mi mano?», ¿sabes, querida Rosa, lo que yo te respondería? Pues esto: «Escoge aquel a quien ames; la dicha está ahí.» Por lo demás, si fuera a discutir su mérito, Reinaldo me gusta bastante, Federico también y Conrado igualmente; en ninguno de los tres encuentro defecto. Cuando los veo trabajar de todo corazón desde la mañana a la noche, pienso a pesar mío en mi pobre difunto Valentín, y me digo que si no era más hábil en su oficio, se entregaba a él con más formalidad. Y era que él no se ocupó nunca de otra cosa más que de manejar el martillo y ajustar las duelas; en tanto que los tres nuevos compañeros del maestro Martín tienen todo el aspecto de gentes que se han impuesto una tarea voluntaria, y que ocultan con paciencia un proyecto que no adivino todavía. Fuera de esto, hija mía, si tú me creyeras, Federico sería tu prometido. Le creo franco y generoso como el oro, y además me parece el más sencillo; su lenguaje, sus maneras, su aspecto, le aproximan a las gentes de nuestra clase. Me complazco en seguir el progreso lento, silencioso, de su tímido amor; hay en él el candor y la cortedad de un niño. Su mirada se atreve apenas a encontrar la tuya; cuan-





¡Ahl, cierto, exclamó la señora Marta...

Cuentos de Calleja



do le hablas enrojece. Estas cualidades, querida mía, valen mucho, y yo las prefiero a otras más brillantes; he aquí por qué me siento atraída por ese joven.

Mientras la señora Marta hablaba, Rosa no podía retener las lágrimas que desde algunos momentos brotaban de sus ojos. Se levantó, y volviendo la espalda para apoyarse sobre el marco de la ventana, dijo, con un pequeño mohín:

—Yo quiero, ciertamente, a Federico; ¿pero es que Reinaldo os parece tan poco digno de que se le distinga?

—¡Ah! cierto —exclamó la señora Marta—; preciso es confesar que es el más hermoso de los tres. Yo no he visto jamás ojos que brillen tanto como los suyos cuando él te mira; pero hay en toda su persona yo no sé qué de extraño y afectado que me causa un malestar indefinible. Yo me digo que semejante compañero hace demasiado honor al taller del maestro Martín. Cuando habla, se creería oír una suave música, y cada una de sus palabras os transporta fuera de la vida real; pero, si se quiere reflexionar en lo que acaba de decir, es preciso confesarse que no se ha comprendido nada. Por mi parte, le considero, a pesar mío, como un ser de una naturaleza dife-



rente de la nuestra, y formada en cierto modo para existir en otra sociedad.

En cuanto al tercer compañero, el salvaje Conrado, es una mezcla de pretensiones y orgullo, que se aviene de un modo muy singular con el mandil de piel de un sencillo obrero. Todos sus gestos son imperiosos, como si tuviese aquí el derecho de mandar; y de hecho, el maestro Martín, desde que él está, no ha podido impedir que suba su ascendiente y ha plegado ante él su voluntad de hierro. Sin embargo, a pesar de su carácter incómodo, no hay hombre mejor ni más leal que Conrado; estoy por decir que preferiría su dureza y ese salvajismo a la exquisita elegancia de Reinaldo. Ese mozo debe haber sido soldado, pues sabe manejar muy bien las armas, y hacer una porción de ejercicios difíciles para no haber sido hasta aquí más que un oscuro obrero... ¡Pero, querida Rosa, hete aquí completamente distraída y a cien leguas de lo que te digo! Veamos una vez más: ¿a cuál de los tres galanes preferirás para esposo?

—¡Oh, no me preguntéis nada de eso! —respondió la muchacha—. Todo lo que puedo deciros es que no juzgo a Reinaldo como vos...

A estas palabras, la señora Marta se



levantó, y haciendo con la mano a Rosa un signo amistoso:

—Es bastante —repuso—; Reinaldo será tu esposo: esto cambia todas mis ideas.

—Os ruego —exclamó Rosa acompañándola hasta la puerta—, os ruego no creáis ni supongáis nada. ¿Quién puede saber lo que será el porvenir? Dejémoslo al cuidado de la Providencia.

Desde hacía algunos días una actividad completamente nueva animaba el taller del maestro Martín. Para satisfacer todos los pedidos que sobrevenían había sido preciso reclutar aprendices y jornaleros, y desde la aurora hasta que se ocultaba el sol, los martillazos armaban una terrible batahola. Reinaldo había sido encargado del cálculo de aforamiento del gran tonel pedido por monseñor el príncipe Obispo de Bamberg. Después de este trabajo de inteligencia y reflexión, Federico y Conrado le habían prestado el socorro de sus brazos. La obra, gracias a su celo, había llegado a un grado de ejecución tan perfecta, que el maestro Martín no cabía en sí de gozo. Los tres compañeros se ocupaban, bajo su dirección, en circular el tonel; los martillos se levantaban y volvían a caer a compás. El viejo Valentín, el abuelo de los huer-

fanitos, preparaba duelas, y la buena Marta, sentada detrás de Conrado, partía sus horas entre los cuidados de la casa y la vigilancia de sus niños.

El trabajo se hacía tan ruidosamente, que no se oyó entrar al anciano Sr. Juan Hobzschuer. El maestro Martín le apercibió el primero, y yendo a su encuentro, le preguntó qué deseaba.

—Dos cosas —respondió Hobzschuer—: ante todo volver a ver a mi antiguo discípulo Federico, a quien veo trabajar allí con tanto ardor, y en seguida rogaros, querido maestro, que hagáis construir para mi despena un tonel de la medida más grande. Pero justamente veo que termináis uno que me convendría mucho; decidme su precio.

Reinaldo, que se volvía a poner a la obra, después de algunos momentos de reposo, oyó las palabras del señor Hobzschuer, y contestó en seguida por el maestro:

—No penséis en ello, querido señor; este tonel que acabamos es un encargo del respetable príncipe Obispo de Bamberg.

—Es verdad, no puedo cedéroslo—añadió el maestro Martín—; solamente con que os hubieseis fijado en la elección de madera, y en lo bien concluído de semejante trabajo, habríais comprendido que tal obra

Cuentos de Calleja

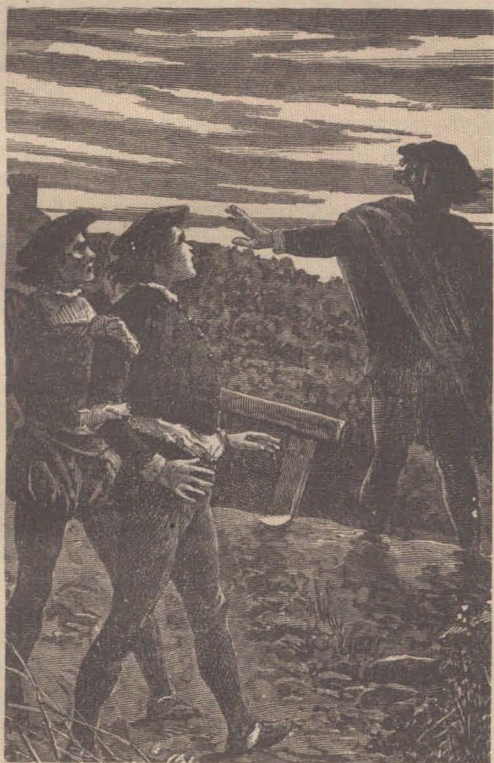
no podía descender más que a una cueva de príncipe. Así, como dice mi compañero Reinaldo, no penséis más en ese tonel. Cuando la vendimia se haya hecho, prometo fabricaros uno más sencillo, pero que os hará el mismo servicio.

El viejo Hobzschuer, picado por las palabras del maestro Martín, respondió inmediatamente que su dinero valía tanto como el del príncipe Obispo de Bamberg, y que sabría encontrar en otra parte, y a precios más ventajosos, toneles tan bien fabricados.

El maestro Martín podía apenas contener su cólera; obligado a callar en presencia del señor Hobzschuer, que gozaba de mucho prestigio en toda la ciudad, devoraba su despecho y buscaba en torno suyo un pretexto para desahogar su ira, cuando Conrado, que prestaba poca atención a lo que hablaban, se puso a martillar de nuevo con todas sus fuerzas para cerrar los aros sobre las duelas. El maestro tonelero se volvió hacia él y golpeando el suelo con el pie:

— ¡Estúpido, animal! —exclamó— ¿Te has vuelto loco? ¿No ves que vas a destrozarse el tonel más hermoso que ha salido nunca de los talleres de Nuremberg.





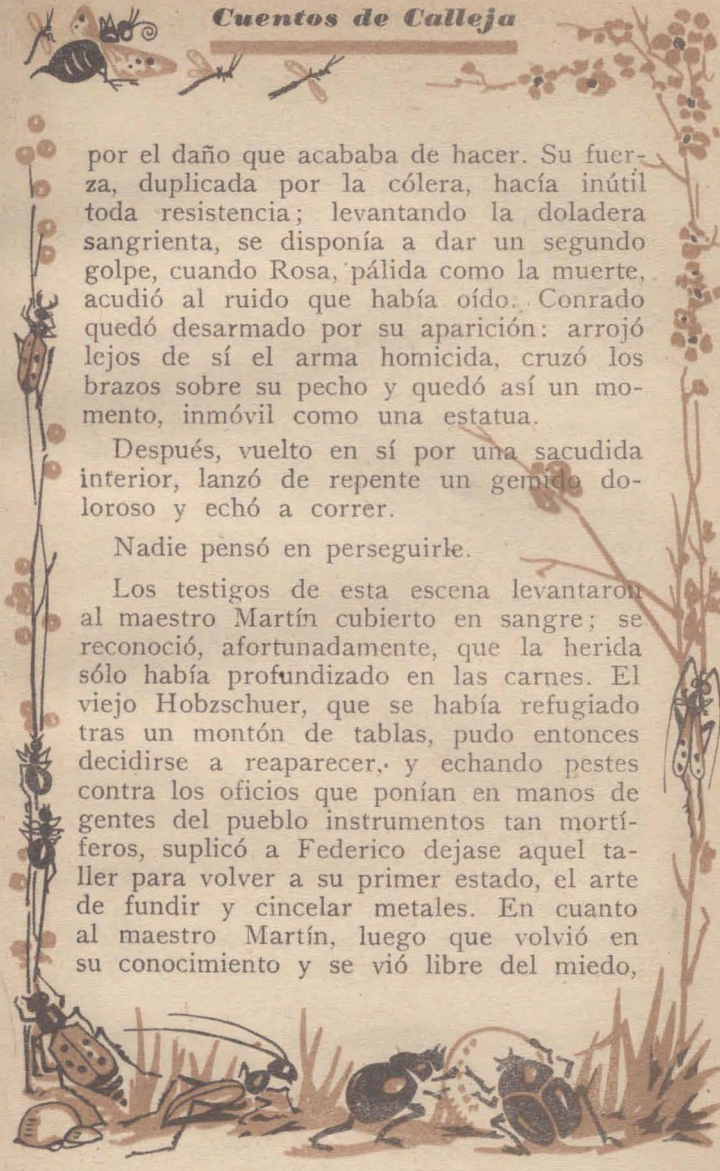
De repente un gran fantasma...

— ¡Oh, oh! —dijo Conrado— mi maestrillo se enfada; y, sin embargo, ¿por qué no había yo de romper este famoso tonel, si así me placiese?

Y diciendo esto se puso a martillar con tanta fuerza, que habiendo estallado el aro principal bajo un golpe dado en falso, toda la obra quedó desajustada...

— ¡Perro condenado! —rugió el maestro Martín, echando espumarajos de rabia, y arrancando de las manos del viejo Valentín una rueda que estaba cepillando, descargó un fuerte golpe sobre las espaldas de Conrado. El compañero quedó un momento como aturdido; luego sus ojos despidieron chispas; rechinó los dientes...

— ¡Golpeado! —exclamó con voz ronca; y apoderándose de la doladera más grande del taller, la lanzó con todas sus fuerzas contra el maestro Martín. Federico no tuvo tiempo más que para empujar a éste de lado; el hierro cortante, cuyo choque hubiera hendido la cabeza del viejo, no alcanzó más que el brazo. La sangre brotaba de la herida; el maestro Martín perdió el equilibrio y cayó encima del banco de un aprendiz. Todos se pusieron frente al culpable, cuyo furor se había exasperado

A decorative border surrounds the text, featuring various insects like beetles, flies, and bees, along with stylized flowers and leaves. The border is drawn in a simple, illustrative style.

por el daño que acababa de hacer. Su fuerza, duplicada por la cólera, hacía inútil toda resistencia; levantando la doladera sangrienta, se disponía a dar un segundo golpe, cuando Rosa, pálida como la muerte, acudió al ruido que había oído. Conrado quedó desarmado por su aparición: arrojó lejos de sí el arma homicida, cruzó los brazos sobre su pecho y quedó así un momento, inmóvil como una estatua.

Después, vuelto en sí por una sacudida interior, lanzó de repente un gemido doloroso y echó a correr.

Nadie pensó en perseguirle.

Los testigos de esta escena levantaron al maestro Martín cubierto en sangre; se reconoció, afortunadamente, que la herida sólo había profundizado en las carnes. El viejo Hobzschuer, que se había refugiado tras un montón de tablas, pudo entonces decidirse a reaparecer, y echando pestes contra los oficios que ponían en manos de gentes del pueblo instrumentos tan mortíferos, suplicó a Federico dejase aquel taller para volver a su primer estado, el arte de fundir y cincelar metales. En cuanto al maestro Martín, luego que volvió en su conocimiento y se vió libre del miedo,



no tuvo palabras más que para lamentar el destrozo causado en el tonel de monseñor el príncipe Obispo de Bamberg.

Después de este acontecimiento se transportó al maestro Martín y a Hobzschuer en sillas de mano. Federico y Reinaldo volvieron juntos a pie hasta la ciudad. Haciendo camino, y al caer la noche, oyeron, al pasar cerca de un vallado, los gemidos de una persona cuya voz les pareció reconocer. De repente, un gran fantasma se levantó de una zanja tan bruscamente que los dos amigos retrocedieron asustados. Era Conrado a quien encontraban así; Conrado, afligido por su acción y por los resultados irreparables que tenía para su porvenir.

—¡Adiós, amigos míos —les dijo—, adiós! ¡No nos volveremos a ver jamás! ¡Decid solamente a Rosa que la amo, y rogadla no maldiga mi recuerdo! Decidla que mientras yo viva, su ramo no abandonará jamás el sitio que le he destinado sobre mi corazón... ¡Adiós, adiós, mis buenos camaradas!...

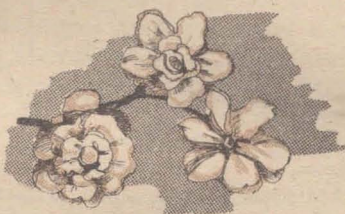
Y desapareció a través de los campos. Reinaldo dijo a su amigo.

—Este pobre Conrado no es un malhechor. Pero hay en ese joven algo ex-



Cuentos de Calleja

traño y misterioso. No se puede juzgar su acción por las reglas de una moral ordinaria. Tal vez sabremos más tarde el secreto que nos ha ocultado.





CAPÍTULO IX

El aislamiento y la tristeza reinaron desde aquel día en el taller del maestro Martín. Reinaldo, disgustado del trabajo, permanecía horas enteras encerrado en su habitación. El maestro, que llevaba en cabestrillo su brazo enfermo, no abría la boca más que para maldecir al mal compañero. Rosa, la señora Marta misma y sus niños no se atrevían a ir ya bajo el sotechado que había sido testigo de aquella escena sangrienta; Federico acababa solo y lentamente el tonel del Obispo de Bamberg, y su martillo era el único que resonaba durante el largo día; así se deja oír al-



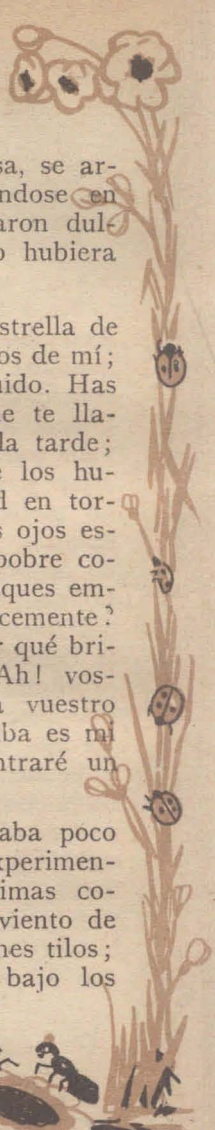
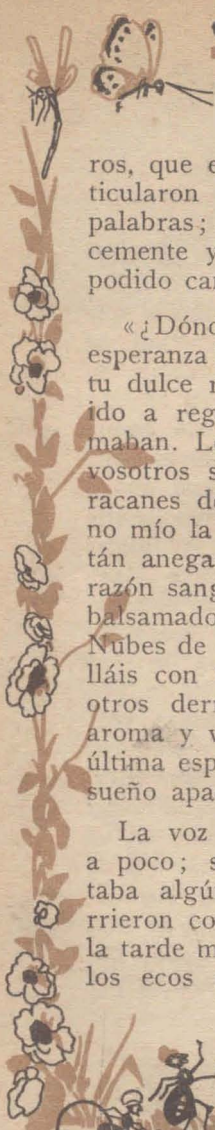


gunas veces, a la aproximación del invierno, el hacha de un leñador solitario atormentar el silencio de los bosques.

Poco a poco la melancolía y el desaliento se deslizaron en su alma.

Rosa no parecía por el taller desde que Reinaldo, bajo pretexto de enfermedad, se quedaba en su cuarto. Federico dedujo en conclusión que la joven amaba a su amigo. Demasiado había notado él que ella reservaba para Reinaldo sus más graciosas sonrisas y sus mejores palabras. Pero ahora no podía dudar de sus verdaderos sentimientos. Al siguiente domingo, en lugar de aceptar la invitación del maestro Martín, que, casi enteramente curado de su herida, quería ir con Rosa a pasear fuera de la ciudad, se dirigió solo, y presa de una profunda pena, hacia el ribazo donde había visto a Reinaldo por la primera vez. Ya allí, se echó sobre la hierba y se puso a pensar en las decepciones de su vida, de la cual cada esperanza se eclipsaba como una estrélla que brilla y desaparece en el cielo; lloró sobre las flores ocultas en el brezo, y las flores inclinaban sus corolas bajo el rocío de sus lágrimas, como si hubieran comprendido su dolor. Luego, sin que él pudiera explicarse cómo, sus suspi-

Cuentos de Calleja

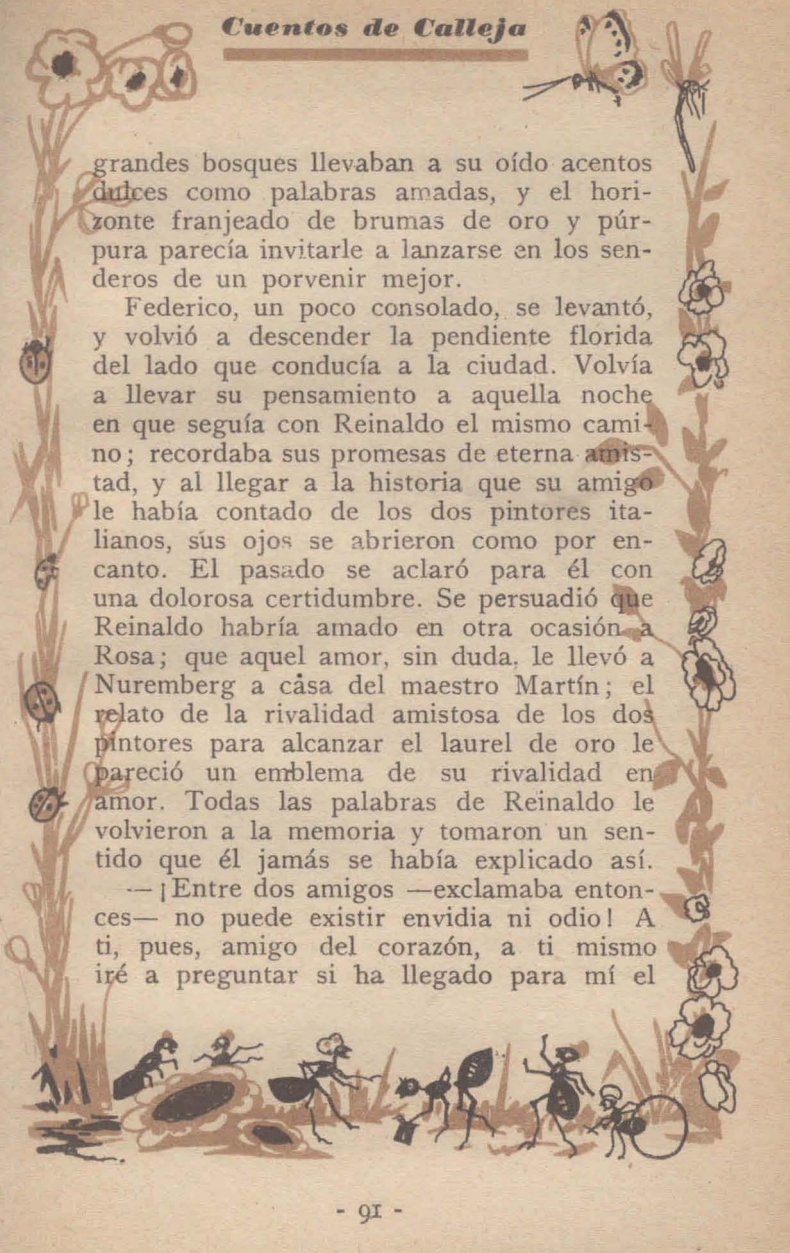


ros, que eran llevados por la brisa, se articularon poco a poco, convirtiéndose en palabras; las palabras se modularon dulcemente y cantó su tristeza como hubiera podido cantar su alegría:

«¿Dónde te has ido ¡oh! mi estrella de esperanza? ¡Ah! Tú estás muy lejos de mí; tu dulce resplandor se ha extinguido. Has ido a regocijar otras miradas que te llamaban. Levantaos, huracanes de la tarde; vosotros sois menos terribles que los huracanes de mi corazón. ¡Sembrad en torno mío la tristeza y el duelo! Mis ojos están anegados en lágrimas, y mi pobre corazón sangra. ¿Por qué, pues, bosques embalsamados, murmuráis tan dulcemente? Nubes de oro, velos del cielo, ¿por qué brilláis con tan alegres reflejos? ¡Ah! vosotros derramáis sobre mi tumba vuestro aroma y vuestra claridad. La tumba es mi última esperanza: ¡en ella encontraré un sueño apacible, eterno!»

La voz de Federico se reanimaba poco a poco; su corazón, oprimido, experimentaba algún consuelo, y sus lágrimas corrieron con menos amargura. El viento de la tarde murmuraba entre los jóvenes tilos; los ecos misteriosos que corren bajo los



A decorative border surrounds the text. On the left, there are stylized flowers and several ladybugs. On the right, there are more flowers and a dragonfly. At the bottom, there is a row of various insects, including beetles and ants, some of which are carrying loads.

grandes bosques llevaban a su oído acentos dulces como palabras amadas, y el horizonte franjeado de brumas de oro y púrpura parecía invitarle a lanzarse en los senderos de un porvenir mejor.

Federico, un poco consolado, se levantó, y volvió a descender la pendiente florida del lado que conducía a la ciudad. Volvía a llevar su pensamiento a aquella noche en que seguía con Reinaldo el mismo camino; recordaba sus promesas de eterna amistad, y al llegar a la historia que su amigo le había contado de los dos pintores italianos, sus ojos se abrieron como por encanto. El pasado se aclaró para él con una dolorosa certidumbre. Se persuadió que Reinaldo habría amado en otra ocasión a Rosa; que aquel amor, sin duda, le llevó a Nuremberg a casa del maestro Martín; el relato de la rivalidad amistosa de los dos pintores para alcanzar el laurel de oro le pareció un emblema de su rivalidad en amor. Todas las palabras de Reinaldo le volvieron a la memoria y tomaron un sentido que él jamás se había explicado así.

— ¡Entre dos amigos —exclamaba entonces— no puede existir envidia ni odio! A ti, pues, amigo del corazón, a ti mismo iré a preguntar si ha llegado para mí el

momento en que deba renunciar a toda esperanza.

Esta idea condujo al día siguiente a Federico hasta la puerta de Reinaldo. El sol naciente iluminaba la pequeña habitación con alegres resplandores; reinaba un profundo silencio. El joven traspasó la puerta, que sólo estaba entornada, y entró dulcemente; pero apenas había dado dos pasos, cuando quedó clavado en el suelo con la inmovilidad de una estatua. Rosa, en todo el esplendor de su hermosura, se le apareció admirablemente pintada sobre un lienzo de tamaño natural. Cerca del caballete, el tiento del artista y su paleta preparada, anunciaban un trabajo reciente.

— ¡Oh, Rosa, Rosa! ¡Dios del cielo! —suspiró Federico.

En aquel momento, Reinaldo le dió un golpecito en la espalda, y le dijo dulcemente con una sonrisa de triunfo:

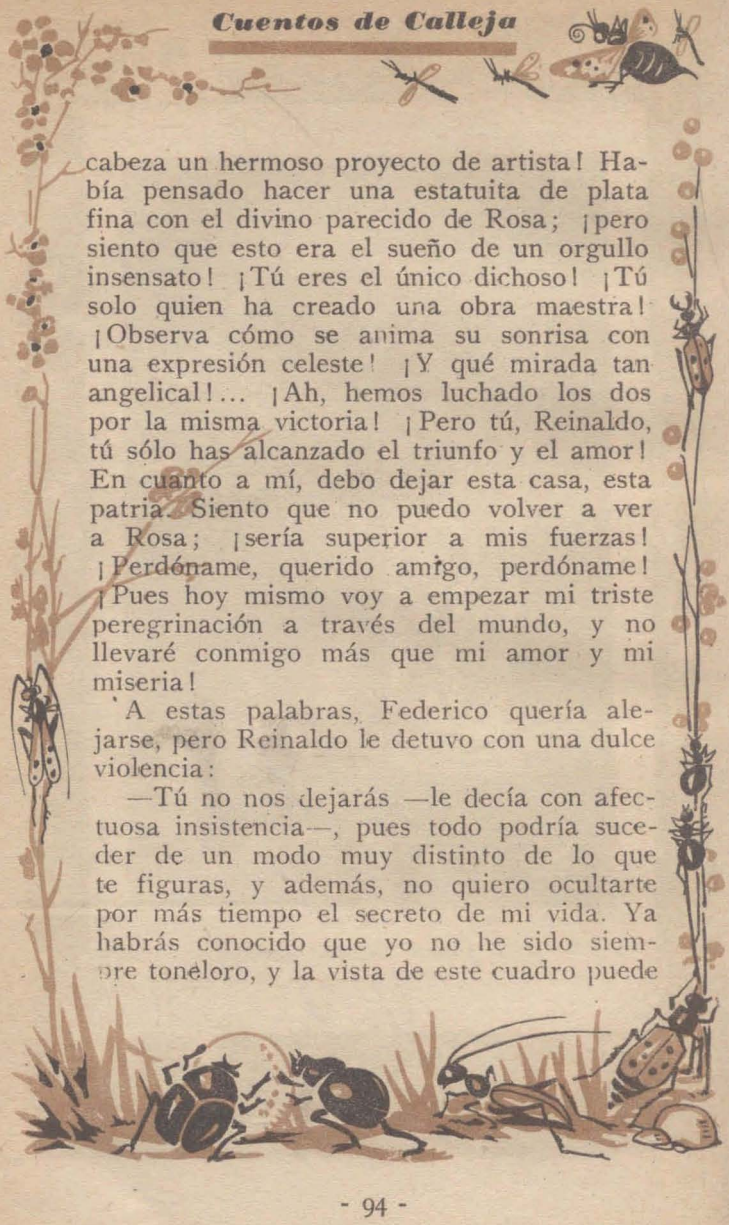
— ¿Qué piensas de este cuadro?

— ¡Oh, eres un hombre muy superior a mí, eres un gran artista! —respondió Federico, estrechando a Reinaldo sobre su pecho—; ahora todo se hace claro para mí; tú mereces el premio que yo en mi locura quería arrebatarte. Y sin embargo, querido amigo, ¡yo también tenía en mi





¿Qué piensas de este cuadro?...



cabeza un hermoso proyecto de artista! Había pensado hacer una estatuita de plata fina con el divino parecido de Rosa; ¡pero siento que esto era el sueño de un orgullo insensato! ¡Tú eres el único dichoso! ¡Tú solo quien ha creado una obra maestra! ¡Observa cómo se anima su sonrisa con una expresión celeste! ¡Y qué mirada tan angelical!... ¡Ah, hemos luchado los dos por la misma victoria! ¡Pero tú, Reinaldo, tú sólo has alcanzado el triunfo y el amor! En cuanto a mí, debo dejar esta casa, esta patria. Siento que no puedo volver a ver a Rosa; ¡sería superior a mis fuerzas! ¡Perdóname, querido amigo, perdóname! ¡Pues hoy mismo voy a empezar mi triste peregrinación a través del mundo, y no llevaré conmigo más que mi amor y mi miseria!

A estas palabras, Federico quería alejarse, pero Reinaldo le detuvo con una dulce violencia:

—Tú no nos dejarás —le decía con afectuosa insistencia—, pues todo podría suceder de un modo muy distinto de lo que te figuras, y además, no quiero ocultarte por más tiempo el secreto de mi vida. Ya habrás conocido que yo no he sido siempre tonelero, y la vista de este cuadro puede

probaré que no he ocupado el último rango entre los pintores. En mi primera juventud recorrí la Italia para estudiar las obras notables de los grandes maestros. Mi talento, desenvuelto por una vocación natural, hizo rápidos progresos. Bien pronto la fortuna vino a mí, como la gloria, y el Duque de Florencia me llamó a su lado. Yo ignoraba en esta época todo lo que ha producido el genio del arte alemán, y hablaba, sin conocimiento de causa, de los defectos, de la frialdad y aridez de vuestro Durero y de vuestro Cranach, cuando un día, un mercader de cuadros me enseñó un pequeño lienzo del viejo Alberto; era un retrato de la Virgen, cuya expresión sublime y lo bien concluido de la ejecución me arrebataron de entusiasmo. Comprendí inmediatamente que había algo mejor que la gracia amanerada del género italiano, y resolví en seguida ir a recorrer los talleres de los pintores más célebres de Alemania para iniciarme en el secreto de sus creaciones. Al llegar a Nuremberg, el primer objeto que hirió mis ojos fué Rosa; creí ver aparecer la bella madona de Alberto Durero. Un amor inmenso estalló en mi alma como un incendio. Todo se desvaneció en mi pensamiento, y el arte que



hasta entonces me había ocupado tan exclusivamente no me pareció tener más objeto que reproducir hasta el infinito las facciones de Rosa. Busqué los medios de introducirme en la casa del maestro Martín, pero nada había más difícil. Las astucias que ordinariamente emplean los enamorados venían a ser impracticables. Iba a anunciarme abiertamente al maestro Martín, y a pedirle la mano de su hija; pero la casualidad me hizo saber que este buen hombre había formalmente resuelto no aceptar por yerno más que al hábil tonelero de la comarca. Lejos de desalentarme, partí para Strasburgo, donde aprendí secretamente este oficio, dejando a la Providencia el cuidado de recompensar mis esfuerzos. Tú sabes lo demás, y sólo tengo que revelarte una cosa: recientemente el maestro Martín, en un acceso de buen humor, me predijo que yo llegaría a ser, bajo sus auspicios, un famoso tonelero, y él vería con placer que un día me convirtiese en esposo de su hija, que le parecía no me miraba con mucha indiferencia...

— ¡Oh, sí, bien lo sé; es a ti a quien ella ama! — interrumpió Federico—. ¡Yo no soy para ella más que un miserable obrero; pero en ti ha adivinado al artista!...



Cuentos de Calleja



Cuentos de Calleja



te preocupado, escapándosele algunas frases entrecortadas y las palabras *intriga infame*, *bondad desconocida*.

El maestro Martín no había juzgado conveniente el explicarse, y Federico no sabía qué pensar, cuando encontró a las puertas de Nuremberg un hombre a caballo; era Reinaldo.

—¡Ah! —exclamó éste—; llegas a propósito. Tengo muchas cosas que decirte.

Y echando pie a tierra, Reinaldo rodeó en su brazo la brida del caballo, apretó la mano de su amigo, y los dos se pusieron a caminar por el campo. Federico notó desde luego que Reinaldo se había revestido con el mismo traje que llevaba cuando su primer encuentro. El caballo, equipado como para una marcha, tenía en la grupa un pequeño saco de viaje.

—¡Sé dichoso, amigo mío —dijo Reinaldo, con una voz que tomó de repente una expresión ruda y amarga—, sé dichoso, y maneja a tu gusto, y de hoy en adelante sin rival, la garlopa y el martillo! Yo abandono ahora mismo el reino de las barricas; acabo de despedirme de la bella Rosa y del respetable maestro Martín... —

—¡Cómo! —exclamó Federico, estremeciéndose como si el rayo hubiera pasado





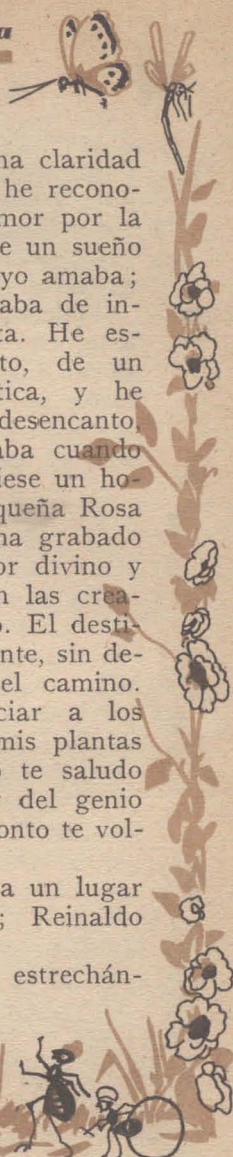
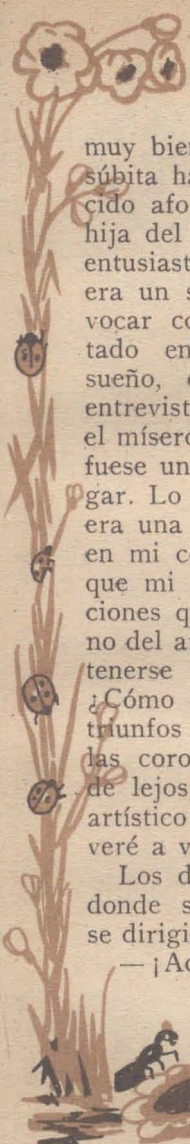
*Se lanzó sobre su caballo y picó espuelas sin
mirar atrás.*

sobre su cabeza—; ¿te vas, cuando el maestro Martín te acepta por yerno y Rosa te ama?

—He ahí —dijo Reinaldo— una fantasmagoría de tu cerebro celoso. Ya sé que Rosa me hubiera aceptado por obediencia, o por temor a su padre; pero no se toma un corazón a viva fuerza, y el suyo no se inquieta por mí. ¡Ah! si por eso no fuera, yo hubiera podido ciertamente convertirme en un tonelero como otro cualquiera, raspar, circular y medir durante seis días, y el séptimo ostentar mi dignidad con las gracias de la señora Reinaldo en un banco de la iglesia de Santa Catalina o de San Levaldo, y a la tarde pasearme honradamente en el prado florido...

—¡Oh, no te burles —dijo Federico— de las costumbres sencillas y apacibles! La dicha se oculta en la medianía.

—Tienes mil veces razón —replicó Reinaldo—; pero déjame continuar. He encontrado el momento de decir a Rosa que la amaba, y que su padre consentía en nuestra unión. A estas palabras he visto lágrimas en sus ojos, su mano ha temblado en la mía, y me ha contestado, volviendo la cabeza: «Señor Reinaldo, obedeceré las órdenes de mi padre.» Me he guardado



muy bien de preguntar más; una claridad súbita ha iluminado mi alma, y he reconocido afortunadamente que mi amor por la hija del tonelero no era más que un sueño entusiasta. No era Rosa lo que yo amaba; era un ser ideal que yo no cesaba de invocar con una pasión de artista. He estado enamorado de un retrato, de un sueño, de una belleza fantástica, y he entrevisto, con una especie de desencanto, el mísero porvenir que me esperaba cuando fuese un maestro tonelero y tuviese un hogar. Lo que yo amaba en la pequeña Rosa era una celeste imagen que se ha grabado en mi corazón con un resplandor divino y que mi arte debe hacer vivir en las creaciones que esparza en torno mío. El destino del artista es ir siempre adelante, sin detenerse a recoger las flores del camino. ¡Cómo hubiera podido renunciar a los triunfos del arte y hollar con mis plantas las coronas que promete? ¡Yo te saludo de lejos, tierra de la pintura y del genio artístico! ¡Oh, Roma! ¡bien pronto te volveré a ver!...

Los dos amigos llegaron así a un lugar donde se bifurcaba el camino; Reinaldo se dirigió a la izquierda.

— ¡Adiós! —dijo a Federico, estrechán-

Cuentos de Calleja

dole contra su corazón—. ¡Adiós, amigo mío, separémonos! ¡quién sabe si no nos volveremos a ver!

Se lanzó sobre su caballo y picó espuelas sin mirar atrás.

Federico quedó largo tiempo en el mismo sitio, con los ojos fijos en el camino desierto. Luego se volvió a su casa con el corazón oprimido; sombríos presentimientos agitaban su alma. ¡Pensaba que la separación se asemejaba a la muerte!...





CAPÍTULO X

Algún tiempo después, el maestro Martín, muy pensativo, terminaba el tonel del Obispo de Bamberg. Federico, que trabajaba a su lado; no decía una palabra; la partida de Reinaldo le había quitado su alegría. Al fin, el maestro Martín, tirando lejos de sí el martillo, cruzó sus brazos con mal humor, y dijo en voz baja:

—Conrado ha partido, luego Reinaldo. ¡Éste es pintor, según dice, y creía tenerme engañado! ¡Cómo imaginar tal superchería oculta bajo un aspecto tan distinguido, con maneras tan francas, tan honradas! En fin, ya se marchó; Federico, al menos,





permanecerá fielmente a mi lado, pues es un honrado y sencillo trabajador. ¿Y quién sabe lo que podría suceder si llegas, mi querido mozo, a convertirte en un hábil maestro y sabes agradar a mi Rosa!... Ya veré, ya veré...

Y diciendo esto, el maestro Martín recogió su martillo y volvió a ponerse a trabajar. Federico, al oírle, había sentido una emoción febril recorrer todo su ser; pero un desaliento indefinible sucedió bien pronto a la impresión primera. Rosa apareció en el taller, donde no había puesto los pies desde hacía muchos días; su rostro tenía impresa una tristeza mal disimulada; se veían las huellas de las lágrimas.

—La partida de Reinaldo es la causa de su llanto: ¡le ama! —se dijo Federico.

Este pensamiento le partía el corazón, y no se atrevía a levantar los ojos.

El gran tonel estaba acabado. El maestro Martín, contemplando su obra, sentía volverle su alegría de otras veces.

—Sí, hijo mío —dijo a Federico, dándole amistosas palmadas en el hombro—; si llegas a hacer una cosa parecida y agradas a mi Rosa, tú serás mi yerno; esto no te impedirá cultivar tu arte de maestro cantor y adquirir doble fama.



Como el trabajo llegaba de todas partes a sus talleres, el maestro Martín se vió obligado a tomar dos nuevos compañeros, gente muy diestra, pero francamente libertina, bebedores y camorristas perdidos. Bien pronto en el taller no resonaron más que majaderías o canciones tan groseras, que Rosa tuvo que abstenerse de bajar, y Federico sufrió la tristeza de su aislamiento. Cuando alguna vez sorprendía a hurtadillas a su bien amado, suspiraba, clavando en ella una mirada de fuego, que parecía decirle:

—Mi Rosa querida, ya no sois tan buena y encantadora para mí como en los días en que Reinaldo se encontraba aquí.

A lo que la muchacha, bajando los ojos, respondía en medio de su púdico embarazo:

—Señor Federico, ¿tenéis algo que decirme?...

Pero en estos instantes, muy raros, el pobre joven quedaba sin voz, como petrificado, y Rosa desaparecía como esas dulces claridades de las tibias noches de estío, que los ojos admiran sin poderlas retener.

El maestro Martín no cesaba de insistir para que Federico se preparase a comenzar su obra maestra. Él mismo había escogido una cantidad suficiente de madera de roble sin venas y sin nudos, y que contaba cinco



largos años en el almacén al abrigo de la humedad. Nadie debía ayudar a Federico, excepto el viejo Valentín. El pobre mozo, ya disgustado del oficio por la vecindad de sus nuevos compañeros de taller, no tenía valor para la obra; se sentía falto de seguridad ante una empresa cuyo éxito debía desvanecer todos sus ensueños de felicidad.

Un vago instinto, que no podía definir, le repetía sin cesar que iba a sucumbir bajo el peso de su tarea, y tuvo de repente vergüenza de estar condenado a un trabajo manual que repugnaba a sus delicadezas de artista. La desgracia de Reinaldo estaba siempre fija en su memoria. De vez en cuando, para sustraerse a la obsesión dolorosa de sus temores, pretextaba una enfermedad para ausentarse del taller, y corría a pasar horas enteras a la iglesia de San Levaldo; frente a las obras maestras debidas al cincel de Peter Fischer, exclamaba con exaltación:

— ¡Oh, Dios del cielo! imaginar tales cosas, y tener en sí el poder de ejecutarlas, ¿no es la dicha más grande de la tierra?

Y cuando, al salir de estos éxtasis, la realidad le clavaba frente a las duelas y los círculos del taller del maestro Martín, cuando pensaba que Rosa sería el premio





Federico le tendía los brazos...



de un miserable tonel fabricado con más o menos arte, sentía hervir su sangre por la desesperación y extraviarse su cabeza.

Por la noche, Reinaldo se le aparecía en sueños y le mostraba modelos inimitables, cuya realización hubiera inmortalizado al fundidor.

Y en aquellos dibujos maravillosos, la figura de Rosa era siempre el objeto principal, rodeada de las más caprichosas mezclas de follajes y flores. Todo esto parecía animarse, verdear y florecer; el metal, como un brillante espejo, reflejaba la imagen de la niña adorada; Federico la tendía los brazos, llamándola con los nombres más dulces; pero cuando creía asirla, el cuadro fantástico se evaporaba como una bruma fugitiva. Al despertar, el pobre artista maldecía más aún el triste porvenir que le estaba reservado. Un día le vino la idea de confiar sus penas a su antiguo maestro Juan Hobzschuer. Contento éste de volver a ver a su discípulo favorito, permitió ir a Federico a su casa a cincelar una pequeña obra, para cuya ejecución había reunido poco a poco, y desde hacía largo tiempo, las materias de oro y plata necesarias.



Federico se entregó con tanto ardor a este trabajo, que descuidó casi por completo su ocupación en el taller del maestro Martín, y en muchos meses no fué preguntado acerca de su obra, que debía rivalizar con el tonel de Bamberg.

Pero, un hermoso día, el maestro le apremió de tal manera, que fué preciso, de buen o mal grado, volver a tomar la doli-dera y el martillo.

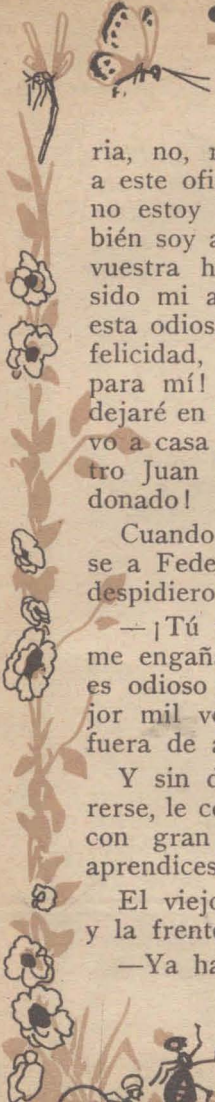
Cuando la obra seguía su marcha, el maestro vino a examinarla; pero a la vista de las maderas ya serradas se apodero de él una violenta cólera y exclamó:

—¿Qué es esto, qué es esto? ¡Qué trabajo tan ruin es el que haces, mi pobre Federico! Un aprendiz de tres días, ¿tallaría la madera de ese modo? ¿Qué demonio te ha cogido por la mano para echar a perder así la mejor madera de roble que he visto desde hace mucho tiempo? ¿Es ésa tu obra maestra?

Federico no pudo contenerse al oír los reproches poco mesurados del maestro Martín, y tirando sus útiles al otro lado del taller:

—¡No, aunque me cueste la vida, aunque deba caer en la más profunda mise-





ria, no, no, no trabajaré más! Renuncio a este oficio que aborrezco y para el cual no estoy hecho. Fuera de esto, ¡yo también soy artista, yo también amo y adoro a vuestra hija con pasión, con delirio; ha sido mi amor el que me ha hecho tentar esta odiosa prueba! ¡Ya sé que ahora toda felicidad, toda esperanza, están perdidas para mí! ¡Moriré, pero moriré artista, y dejaré en pos de mí algún recuerdo! ¡Vuelvo a casa de mi primero y dignísimo maestro Juan Holzschuer, a quien había abandonado!

Cuando el maestro Martín oyó expresarse a Federico con tanta violencia, sus ojos despidieron llamas.

— ¡Tú también —exclamó—, tú también me engañabas! ¡Ah, el oficio de tonelero es odioso para ti; tanto mejor, tanto mejor mil veces, holgazán! ¡Fuera de aquí, fuera de aquí!

Y sin dar tiempo a Federico de prepararse, le cogió por un brazo y lo echó fuera, con gran aplauso de los compañeros y aprendices, testigos de esta escena.

El viejo Valentín, con las manos juntas y la frente pensativa, dijo a media voz:

—Ya había yo sospechado que ese com-



Cuentos de Calleja

pañero era algo mejor que un obrero vulgar.

La señora Marta, que quería a Federico, y los pequeñuelos, a quienes regalaba frecuentemente algunas frioleras, quedaron inconsolables con su partida.





CAPÍTULO XI

El taller del maestro Mártín se hacía cada vez más triste. Los compañeros nuevos no le daban más que cuidados. Forzado a vigilar los menores detalles, el maestro pasaba los días en medio de fatigas y molestias, y durante las noches, atormentado por crueles insomnios, repetía sin cesar:

— ¡Ah, Reinaldo; ah, Federico! ¿Por qué me habéis engañado así? ¿Por qué no sois, en vez de artistas, sencillos y laboriosos obreros?...

El pobre hombre desmejoraba a ojos vistas; muchas veces le era preciso sacrificar la profesión que amaba tanto.



Estaba sentado una tarde ante la puerta de su casa, entregado a sus tristes pensamientos, cuando vió llegar a Jacobo Paumgartner en compañía del maestro Juan Hobzschuer; en seguida pensó que vendrían a hablarle de Federico. En efecto, Paumgartner llevó la conversación hacia él, y Hobzschuer se extendió en elogios sobre el joven artista; los dos, encareciendo a porfía las excelentes cualidades de Federico y el porvenir reservado a su talento, suplicaron al maestro Martín desistiese en su favor de sus preocupaciones y concediese la mano de su hija a un joven que seguramente la haría dichosa, haciendo algún día honor a su suegro.

El maestro Martín les dejó decir; luego se quitó lentamente su gorra de piel, y les contestó con gran calma:

—Mis queridos señores, os tomáis un interés tan vivo en lo que toca a ese compañero, que me obliga a perdonar alguna cosa a vuestra solicitud. Pero yo quedaré fiel a mi palabra; no habrá jamás nada de común entre él y mi hija.

Cuando decía esto, apoyándose en cada sílaba, Rosa entró en la habitación, toda pálida y temblorosa, dejando sobre la me-





sa una botella del famoso vino de Hodeheim y tres vasos.

—¿Será preciso, pues —repuso entonces Hobzschuer—, dejar partir a ese pobre Federico, que ha resuelto, en su dolor, expatriarse? Y, sin embargo, ved, querido maestro, ved este pequeño trabajo de cincel que ha hecho en mi casa, bajo mi dirección; ¿no hay en este joven el genio de un gran artista? Esto es un recuerdo de despedida que él os suplica dejéis aceptar a vuestra hija. ¡Pero mirad qué lindo trabajo!

Y el Sr. Hobzschuer sacó de su bolsillo un cubilete de plata fina deliciosamente labrada; el maestro Martín, que se preciaba de buen gusto, se puso a examinarlo en todos sentidos. Era, en verdad, una pequeña obra maestra. Todo alrededor corría un follaje de vid y rosal, y de cada rosa abierta salía una figurita de ángel cincelada con una gracia perfecta. El interior, bañado de oro, estaba adornado de figurillas semejantes; y cuando se vertía en el cubilete una oleada de vino dorado, aquellos angelitos sonrientes parecían agitarse como para subir del fondo a la superficie.

—Confieso que es un trabajo exquisito —dijo el maestro Martín— y guardaré esta



copa, si Federico acepta dos veces su valor en buenos ducados, todos nuevos.

Diciendo esto, el maestro Martín llenó el cubilete y lo vació de un trago...



La puerta se abrió dulcemente, y Federico, casi desfigurado por el dolor y las lágrimas, apareció, inmóvil, en el umbral de la cámara, en la actitud de un condenado que va a escuchar su sentencia.

Rosa le apercibió la primera, lanzó un grito desgarrador, y cayó casi muerta en sus brazos.

El maestro Martín dejó escapar el cubilete, y mirando a Federico con ojos fijos, como si hubiera visto aparecer un espectro, se levantó y dijo con voz conmovida:

—¡Rosa, Rosa! ¿amas, pues, a Federico?...

—¡Más que a mi vida! —respondió la pobre niña, con voz trémula.

—Pues bien —repuso el maestro Martín con esfuerzo—, pues bien, muchacho, yo te perdono... abraza a tu prometida..., ¡sí, sí, tu prometida!

Paumgartner y el viejo Hobzschuer se miraron, estupefactos, y el maestro Martín prosiguió muy alto, como hablando consigo mismo:

—¡Dios del cielo, era así como debía





cumplirse la profecía de la abuela! ¿No es ésta, en efecto, la labor primorosa con los pequeños ángeles de alas bermejas? El cubilete, además, no es otra cosa que un tonel infinitamente pequeño; ¡todo ha sucedido como estaba predicho! luego así, ya puedo consentir sin volver sobre mi resolución. ¡Hubiera debido adivinar todo esto más pronto!

Federico, enloquecido por la alegría, tenía apenas bastante fuerza para estrechar a Rosa contra su corazón.

—¡Oh, mi querido maestro! —exclamó cuando hubo recobrado un poco de calma—, cómo, ¿os dignáis aceptarme por yerno y me permitiréis ejercer mi arte?

—Sí, sí —contestó el maestro Martín—; tú has cumplido la predicción de la abuela; ya no tienes que hacer ninguna obra de mi oficio.

—No, querido maestro —replicó Federico—; permitidme que no renuncie todavía; quiero, por el contrario, acabar mi hermoso tonel; os lo dejaré como un testimonio de mi respeto por la profesión que vos ilustráis, y volveré en seguida a mis crisoles.

—¡Honor a ti por ese buen pensamiento! —dijo el maestro Martín, levantándose con





*Estaba sentado una tarde ante la puerta de
su casa...*



entusiasmo—; acaba, pues, tu obra. El día en que le des el último martillazo será tu día de boda.

Federico se puso a trabajar con un celo extremado, y todos los maestros de la corporación admiraron el tonel inmenso que salió de sus manos.

El maestro Martín estaba en el colmo de la alegría. El día de la boda quedó fijado, y se colocó a la entrada de la casa la obra maestra, llena de vino generoso y adornada de guirnaldas floridas. Los maestros toneleros con sus familias, conducidos por el digno consejero Jacobo Paumgartner, y los maestros de orfebrería se reunieron al brillante cortejo para ir a la iglesia de San Levaldo. En el momento de partir se oyó ante la casa ruido de caballos y fanfarrias. El maestro corrió al balcón y reconoció, desde luego, al señor Enrique de Spangenberg; a su lado cabalgaba un joven y brillante caballero, llevando daga a la cintura y toca ornada de plumas flotantes y piedras preciosas. Cerca del joven estaba una dama admirablemente hermosa, y detrás de estos tres personajes caracoleaba una numerosa comitiva de criados con trajes de todos colores. Las fanfarrias cesaron, y el viejo Spangenberg exclamó, levantando la cabeza:



— ¡Eh, eh, maestro Martín, no es por vuestra cueva ni por vuestros ducados por lo que paso por aquí; vengo por la boda de vuestra linda hija! ¿Tenéis a bien recibirme, querido maestro?

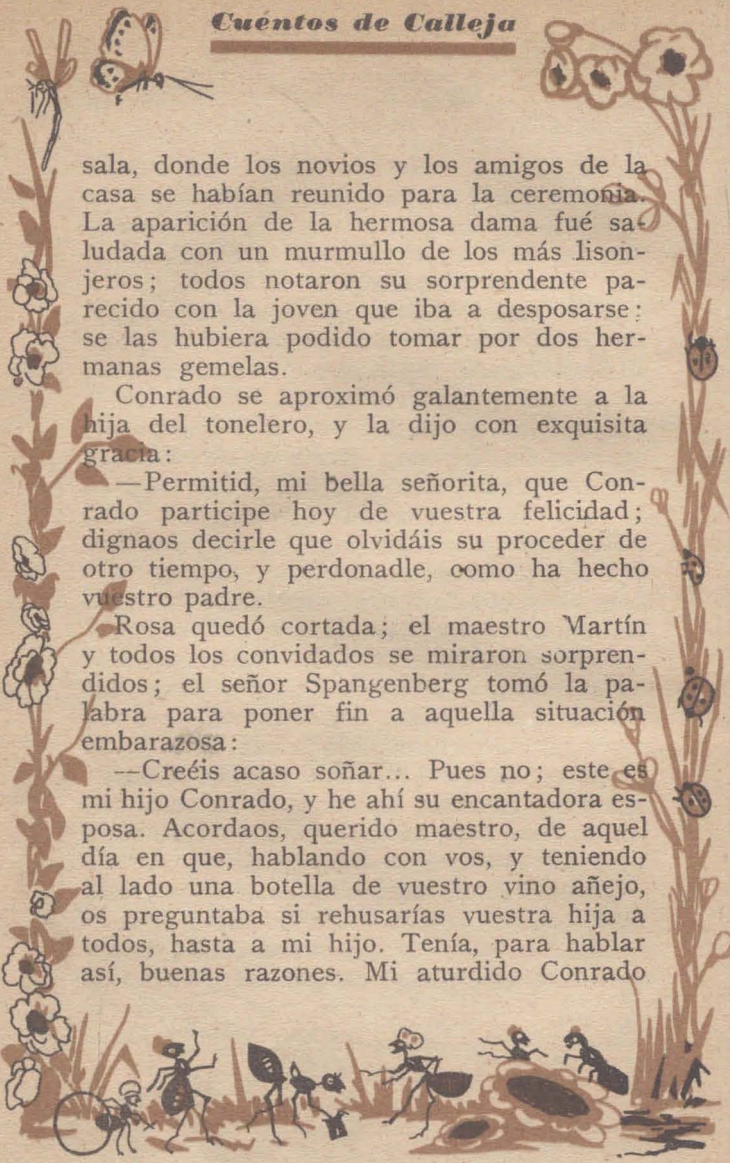
El maestro Martín, un poco confuso por los recuerdos que despertaban estas palabras, descendió tan ligero como sus piernas lo permitían, para recibir con toda suerte de reverencias a su antiguo y noble parroquiano. La hermosa dama y el caballero dejaron también su montura y entraron en la casa. Mas apenas el buen maestro hubo mirado al joven caballero, cuando retrocedió tres pasos vacilando:

— ¡Bondad del cielo —exclamó, juntando las manos—; es Conrado!...

—Efectivamente, yo soy —dijo sonriendo el joven—; Conrado, vuestro compañero de otras veces. Perdonadme, querido maestro, cierta herida de la cual guardo un triste recuerdo. ¡Hubiera podido mataros aquel día, pues me tratasteis con alguna dureza! Pero todo ha sido para nuestro bien, y no hay que pensar más en ello.

El maestro le aseguró que se encontraba perfectamente; la maldita doladera sólo le había producido un ligero rasguño; luego suplicó a sus huéspedes que entrasen en la





sala, donde los novios y los amigos de la casa se habían reunido para la ceremonia. La aparición de la hermosa dama fué saludada con un murmullo de los más lisonjeros; todos notaron su sorprendente parecido con la joven que iba a desposarse: se las hubiera podido tomar por dos hermanas gemelas.

Conrado se aproximó galantemente a la hija del tonelero, y la dijo con exquisita gracia:

—Permitid, mi bella señorita, que Conrado participe hoy de vuestra felicidad; dignaos decirle que olvidáis su proceder de otro tiempo, y perdonadle, como ha hecho vuestro padre.

Rosa quedó cortada; el maestro Martín y todos los convidados se miraron sorprendidos; el señor Spangenberg tomó la palabra para poner fin a aquella situación embarazosa:

—Creéis acaso soñar... Pues no; este es mi hijo Conrado, y he ahí su encantadora esposa. Acordaos, querido maestro, de aquel día en que, hablando con vos, y teniendo al lado una botella de vuestro vino añejo, os preguntaba si rehusarías vuestra hija a todos, hasta a mi hijo. Tenía, para hablar así, buenas razones. Mi aturdido Conrado



estaba loco de amor por ella; yo creí que era mi deber, para no desesperarle, encargarme de arreglar el asunto. Cuando le referí, para curarle, la recepción que vos me habíais hecho, Conrado no imaginó nada mejor que deslizarse en vuestra casa, como un obrero, con el designio de ver más de cerca a Rosa y arrebatlarla algún día a vuestra vigilancia. Afortunadamente para vos, el golpe de duela sobre la espalda ha cortado las alas de ese amor. Yo me felicito, y mi hijo, a fin de permanecer fiel en cierto modo a su primera inclinación, se ha enamorado de una noble heredera que lleva el nombre de Rosa, como vuestra hija, y se le parece bastante.

La joven dama, acercándose entonces a Rosa, rodeó su cuello con un collar de perlas de gran precio, y sacando de su pecho un saquito de flores marchitas:

—Mirad la dijo—: he aquí el ramo que regalasteis a Conrado, y que él guardaba cuidadosamente. ¿No os enfadaréis porque me lo haya dado? Era, me dijo, lo más precioso que poseía.

Un vivo rubor coloreó las mejillas pálidas de la hija del tonelero.

—¡Ah, noble señora —dijo a media voz—; era a vos sola a quien ese joven ca-



ballero debía amar. Él os conocía, estoy segura, antes de pensar en mí. La igualdad de nombres y el parecido de algunos rasgos ha podido atraerme su atención durante algún tiempo. Vuestro recuerdo era lo que él buscaba en mí. Pero yo no le amaba.

Cuando el cortejo se disponía por segunda vez a dejar la casa del maestro Martín, un hermoso joven, que llevaba con extraordinaria elegancia un rico traje italiano, vino a echarse en brazos de Federico.

—¡Reinaldo, mi querido Reinaldo!—exclamó el novio; y los dos amigos se abrazaron estrechamente. El maestro Martín y Rosa compartían su alegría.

—¿No te decía yo bien —exclamaba el artista— que la felicidad vendría al compás de tu martillo? Llego a tiempo para tomar la mitad de tu alegría, y traerte mi regalo de boda.

Dos lacayos entraron entonces y descubrieron a los ojos maravillados de la concurrencia un magnífico lienzo donde estaba pintado el maestro Martín con Reinaldo, Federico y Conrado, trabajando en el tonel del príncipe Obispo de Bamberg, en el momento en que Rosa aparecía en medio de ellos.

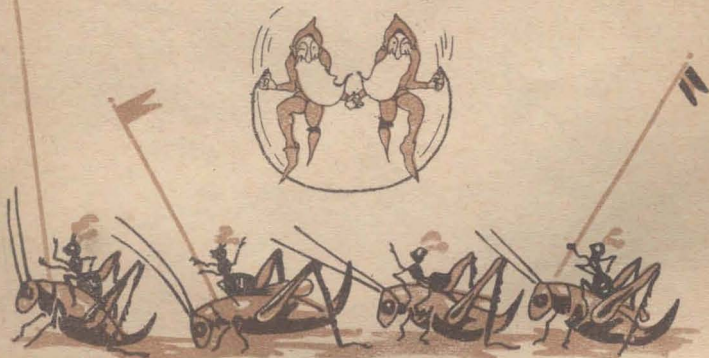


Cuentos de Calleja

—Esta —dijo sonriendo Federico— es tu obra maestra; la mía está allá abajo llena de vino; pero paciencia, ya sabré hacer alguna otra.

—Lo sé todo —repuso Reinaldo— y te encuentro más dichoso que yo. Sé fiel a tu arte, que mejor que el mío puede conciliarse con la vida tranquila y las costumbres sedentarias de un buen hogar. ¡La dicha, amigo querido, no se encuentra más que en las existencias vulgares!...

En el festín nupcial, Federico se sentó entre las dos Rosas, y frente a él, el maestro Martín se colocó entre Conrado y Reinaldo. A los postres, el consejero Jacobo Paumgartner llenó el cubilete de plata cincelado por Federico y bebió el primer trago en honor del maestro y de sus dos alegres compañeros. Luego el cubilete dio la vuelta a la mesa, y todos los convidados festejaron hasta el día siguiente la buena cueva del presidente del gremio.





ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Capítulo primero</i>	5
— II	10
— III	17
— IV	25
— V	33
— VI	43
— VII	56
— VIII	73
— IX	88
— X	103
— XI	112



Cuentos de Calleja

Vazquez.



Biblioteca Ilustrada





BIBLIOTECA ILLUSTRADA

